

De la hacienda al Quito urbano

El caso del barrio

La Concordia # 1

Ana Robayo



Serie Magíster

De la hacienda al Quito urbano

El caso del barrio La Concordia # 1

Ana Robayo



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Serie Magíster
Vol. 283

De la hacienda al Quito urbano: El caso del barrio La Concordia # 1
Ana Robayo

Primera edición
Coordinación editorial: Jefatura de Publicaciones
Corrección de estilo: Gabriela Cañas
Diseño de la serie: Andrea Gómez y Rafael Castro
Impresión: Publiasesores Cía. Ltda.
Tiraje: 300 ejemplares

ISBN Universidad Andina Simón Bolívar,
Sede Ecuador: 978-9942-837-06-6
© Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Toledo N22-80
Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
• www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

La versión original del texto que aparece en este libro fue sometida a un proceso de revisión por pares, conforme a las normas de publicación de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

Impreso en Ecuador, septiembre de 2020

Título original:
«De la hacienda rural al Quito urbano: El caso del barrio La Concordia # 1»

Tesis para la obtención del título de magíster en Estudios de la Cultura
con mención en Comunicación
Autora: Ana Verónica Robayo Paguay
Tutor: Guillermo Bustos Lozano
Código bibliográfico del Centro de Información: T-1896

A mi madre, por la fuerza vital incansable.

A mi padre, por las palabras, las precisas.

A Galo, por la ternura, el amor y la confianza infinita.

CONTENIDOS

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	9

Capítulo primero

DE LA HACIENDA IBARRA A LA CIUDADELA IBARRA: DINÁMICA ESPACIAL DEL BARRIO LA CONCORDIA # 1	19
EL ORIGEN DEL BARRIO LA CONCORDIA	21
PROCESO DE URBANIZACIÓN Y TRANSFORMACIONES ESPACIALES.	37

Capítulo segundo

MEMORIA, IMAGINARIO E IDENTIDAD: DEL RECUERDO DEL ESPACIO A LOS SENTIDOS DE PERTENENCIA	61
RECORRIDO POR LA MEMORIA ORAL Y VISUAL DE LA CONCORDIA # 1.....	62
SENTIDOS DE PERTENENCIA.....	76
CONCLUSIONES	93
REFERENCIAS.....	97

AGRADECIMIENTOS

Mi sincera gratitud a todas las personas que colaboraron con este proyecto de distintas maneras y a lo largo de diferentes períodos de investigación; sin ellas este manuscrito no habría sido posible. Principalmente, a los más de 44 hombres, mujeres y jóvenes que gentilmente compartieron sus testimonios y cuyos nombres se encuentran detallados en la lista de referencias.

Extiendo un grato reconocimiento al personal docente de la Universidad Andina Simón Bolívar, especialmente a Rocío Rueda y Alicia Ortega por confiar en esta investigación y animarla en sus inicios; a Guillermo Bustos Lozano por guiarla con su tiempo y reflexiones teóricas hasta su culminación, y a Pablo Ospina Peralta por las conversaciones, la información y los contactos valiosos.

Este documento tampoco habría cumplido su propósito sin el aporte profesional de Andrés Felipe Trávez Molina en la elaboración de cartografía; Galo Paguay en el registro fotográfico de La Concordia # 1, y José Tupiza, funcionario municipal de la Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda, quien elaboró los esquemas de densidad poblacional con datos específicos del sur de Quito que no se encontraban sistematizados.

De manera muy especial, quiero agradecer a aquellos seres queridos que me apoyaron o animaron aun cuando parecía que no culminaría la investigación.

A todos ustedes, ¡gracias!

INTRODUCCIÓN

El fragmento de una calle es imaginado como el barrio La Concordia # 1 y desde esta imagen sus moradores se apropian del espacio y se insertan en el Quito urbano.¹ Esta investigación busca entender la manera en que se dio este proceso a partir del estudio del espacio y la identidad, utilizando el recurso de la memoria oral, por medio de la información recolectada en archivos y de la experiencia propia de la investigadora mediante el trabajo de campo de tipo etnográfico.

El barrio es la unidad espacial por excelencia de lo urbano, es un término que todos entendemos, aunque definirlo y caracterizarlo sea más difícil de lo que parece. A tal punto que «tanto en investigaciones académicas como en planificación urbana el concepto de barrio es diverso y muchas veces incompatible» (Keller citado en Tapia 2013, 8). Esta situación parece no haber cambiado mucho en los últimos años, pues aún sigue siendo un concepto que se usa sin hacer explícita su definición.

Aunque la noción escolar de barrio lo pudo haber configurado en nuestras mentes como un conjunto de manzanas, conformadas estas a la vez por un conjunto de casas, para este estudio es necesario introducirnos al barrio desde reflexiones alternativas, como la siguiente:

El barrio como lugar no se caracteriza por el hecho de tener una identidad propia, inmóvil, fija y característica, ni tampoco es aquello que está

1 Para más referencias sobre imaginarios urbanos, ver Armando Silva (2000).

«dentro» de unos bordes o delimitaciones. Por el contrario, el barrio como lugar se puede comprender como un punto de intersección de relaciones sociales en un momento dado, relaciones sociales que se extienden a una escala mayor que las que definen ese lugar en ese preciso momento (7).

De manera que el sentido de barrio que nos interesa es el que expresa lo que este significa para sus habitantes. Por ello, aunque el asentamiento La Concordia # 1 en la práctica no sea más que el retazo de lo que fue una calle principal, una importante avenida, será tratado como el barrio La Concordia # 1 porque sus moradores así lo perciben. Es parte de lo que Armando Silva (2000, 52-4) llama el territorio diferencial, en el que el espacio es vivido, marcado y reconocido.

Al sur de La Concordia # 1 se encuentra La Concordia # 2, asentamiento que posee condiciones históricas y sociales similares a las de nuestro lugar de estudio, además de compartir el nombre. Cabe señalar que este trabajo se ocupa únicamente de la primera, a la que indistintamente se menciona como La Concordia # 1 o solamente La Concordia.

El barrio La Concordia # 1 está ubicado en el sur occidente de Quito, a 3,3 km del centro de Chillogallo y a 10 km de la Plaza Grande (Centro Histórico). Nace en los bordes del camino que separaba a las haciendas Ibarra (occidente), El Carmen y Ortega (oriente). Su origen data de dos remates municipales (1874 y 1947) de los terrenos ubicados a la vera de este camino, por lo que sus primeros habitantes y sus descendientes, que hoy alcanzan la quinta generación, han sido testigos y protagonistas en la transición del campo a la ciudad.

En un acercamiento preliminar, La Concordia # 1 no existe.² Nunca se legalizó como un barrio mediante una ordenanza municipal, por lo que hasta 2014 no constaba en la división administrativa municipal de la Administración Zonal Quitumbe (AZQ), a la que pertenece. Por el contrario, cada una de sus veredas ha sido dividida entre dos parroquias distintas; la vereda occidental pertenece a La Ecuatoriana y la vereda oriental a Quitumbe.

Para 1989, La Concordia # 1 comprendía un área de 39 hectáreas y constaba dentro de la categoría de Asentamientos de Prioridad 1 para el Municipio de Quito (Carvajal, Salgado y Valarezo 1989, 375-6).

2 Me refiero al trabajo preliminar de investigación que realicé en 2010, previo a la investigación que dio origen a esta publicación.

Además, poseía dos vías principales de acceso (la avenida Vencedores de Pichincha y el acceso a la calle La Ecuatoriana), infraestructura básica y una superficie casi totalmente plana. Por esto fue considerada por tres estudiantes de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central como un área de expansión ideal para el diseño de una unidad vecinal destinada a la clase popular. Ellos desarrollaron un «Plan de Ocupación de Suelo para el barrio “La Concordia” 1»³ trabajo de titulación que se esperaba «regule las condiciones de ocupación del suelo en un período de 10 años». No obstante, para 2010 Katy Vera (2011, entrevista personal), jefa zonal de Gestión Participativa de la AZQ afirmó: «Como Concordia Uno casi ya no queda nada porque ha sido absorbido por los otros barrios. ¿De Concordia Uno qué queda? El nombre de la liga [barrial de fútbol] y una que otra casita por ahí, pero no como barrio».

De hecho, el observador externo solo verá una hilera de casas separadas por una vía en muy mal estado y en cuyas fachadas es fácil notar las huellas de los cambios atravesados por los procesos de urbanización.

Es una calle cuasi fantasma, de cuyos moradores las voces no han sido escuchadas, incluso por quienes habitamos en ella por muchos años. Entre 2009 y 2010, las reflexiones académicas y teóricas del programa de maestría en Estudios de la Cultura se fueron entrecruzando con el análisis de las experiencias sociales y personales. Así, esta investigación nació del asombro respecto al olvido y la desmemoria en que se había sumido La Concordia para quienes no la conocen desde dentro. Como señalara Zygmunt Bauman (2000, 113): «El vacío del lugar está en el ojo de quien lo contempla».

Esta investigación parte de la revitalización de la memoria personal, de la toma de conciencia y de la apropiación del lugar que va cobrando densidad histórica, social y cultural. Esta es una exploración que se realiza desde dos miradas: una como nativa y otra como observadora, tarea que emprendí como un ejercicio académico comprometido, por un lado, con una realidad poco explorada en los estudios sociales quitoños; y por otro, con una investigación que se enmarca en los estudios

3 Los arquitectos William Carvajal, Ronal Salgado y Pablo Valarezo formularon la tesis antes citada, basándose en las características potenciales del territorio denominado La Concordia # 1 para 1989.

culturales, sirviéndose de los recursos teóricos para conectarlos con realidades sociales concretas.

La investigación se propone reconstruir el proceso de conformación del barrio y analizar cuáles son las repercusiones de las transformaciones urbanísticas en la identidad de estos habitantes del sur de Quito. Dicho análisis se lleva a cabo en un período comprendido entre 1951 y 2010, en el que se exploran la dimensión espacial y la de los sentidos de pertenencia. A cada una le corresponde un capítulo en esta publicación.

En el capítulo primero se reconstruye el proceso de conformación del territorio en el que se asienta La Concordia, para comprender la manera como la calle adquirió la denominación de barrio por parte de sus habitantes. Este se divide en dos etapas: 1951-1970, origen y consolidación del barrio La Concordia # 1, y 1970-2010, proceso de urbanización y transformaciones espaciales. De esta forma, se expondrán las particularidades que fundan y constituyen el territorio (Fernández 2006, 233) de La Concordia y que se exploran desde la memoria, para mostrar la configuración de su dimensión espacial.

En el capítulo segundo se analizan los efectos de la urbanización en la identidad de los habitantes, tomando como punto central lo que las personas recuerdan de su experiencia de vida en este barrio. Este se divide en dos segmentos: en el primero se hace una reconstrucción de la memoria oral y visual de la calle-barrio durante la segunda mitad del siglo XX, y en el segundo se expone cómo este grupo humano se vinculó con el territorio y se produjo un «habitar enraizado» (Lindón 2006, 13) que se expresa en los sentidos de pertenencia.

El desarrollo de este proyecto ha supuesto una serie de fortalezas y tensiones constantemente activas, dada la condición particular de la investigadora. Por un lado, el trabajo de recolección de información se vio beneficiado por el conocimiento directo del lugar de estudio que permitió el acceso a una red establecida de contactos, a lo que se suma una sensibilización personal por la situación histórico-social del sur de Quito.

Por otro lado, actúan la vinculación personal con el objeto de estudio, así como las sensaciones y sentires vinculados con este espacio, lo que generó un esfuerzo constante por desbrozar la experiencia vital de

la experiencia académica, no para removerlas y ocultarlas en el análisis, sino para reconocer cómo estas están interactuando y cuál es su papel.

A pesar de ello, el hecho de no ser parte de los hogares originarios, sino de una familia de migrantes que arribaron a La Concordia # 1 a finales de la década de 1980, me permitió ubicarme en un lugar de enunciación mixto, desde el que se puede aprovechar la experiencia vital como conocimiento del lugar y al mismo tiempo establecer distancia con las memorias e identidades familiares vinculadas con el territorio, a la vez que se fundó en mi familia y en mí otra relación con el espacio, vinculada con este nuevo conocimiento de su memoria e historia.

Por lo que en este trabajo empezamos por hacer explícito el lugar de enunciación y confiamos en la posibilidad de una percepción renovada de la que habla Maurice Halbwachs (2004, 162). Este sociólogo francés cuestiona la nitidez de los recuerdos recientes de lugares ajenos, frente a la poca claridad en los recuerdos de lugares cotidianos; señala que lo nuevo lo vemos con curiosidad, mientras que donde vivimos hace tiempo no observamos con cuidado aquello que nos rodea. Sin embargo, dice, se puede hacer una observación prolongada con todas las reflexiones que la acompañan para tener una «percepción renovada». Esto es parte de la intención que motivó esta doble experiencia como nativa y como investigadora, en la que visibilizamos a un pequeño asentamiento del sur de Quito.

Este sector de la capital ecuatoriana posee connotaciones particulares, forjadas desde el papel que se le asignó en la ciudad por sus propios planificadores. Atrasado, relegado, pobre, son algunas de las características con las que muchos siguen mirando al sur. Sin embargo, en paralelo con esta visión, se forja otra mirada. Desde distintos espacios y desde hace algunas décadas hay esfuerzos por revitalizar el potencial cultural y social de este lado de la ciudad, que en 2010 albergaba 749 503 habitantes de una población quiteña de 2 239 191.⁴

Es patente que los esfuerzos públicos y privados por recuperar la memoria histórica y fomentar la revalorización de tradiciones y costumbres se han concentrado en el Centro Histórico de Quito o en

4 Fuente: Datos Abiertos, Municipio de Quito, <http://sthv.quito.gob.ec/images/indicadores/parroquia/Demografia.htm>. Consulta: septiembre de 2015.

sectores aledaños a este. De manera general, se conocen pocos registros históricos o investigaciones sociales sobre el sur de Quito o sobre otros lugares no relacionados con la ciudad antigua.

La mayoría de los trabajos investigativos que se han realizado en el sur han sido desplazamientos desde la academia hacia este sector, por lo que son escasas las publicaciones académicas realizadas por sus propios habitantes. Esto, a pesar del fuerte movimiento cultural, social y político de esta zona.

El urbanismo y la arquitectura son áreas que han analizado el crecimiento y relación del sur con el resto de la ciudad, en el marco de sus respectivos campos de estudio. Sin que se pueda encontrar en ellos registros que profundicen sobre sus habitantes, costumbres, prácticas o algún aspecto específico de esta población. Como señalara Eduardo Kingman (1992c, 17): «Lo que se ha concebido como la historia urbana de Ecuador es un subproducto de la práctica arquitectónica y urbanística. En ese tipo de enfoques los factores sociales y culturales son ignorados o colocados como telón de fondo de las transformaciones espaciales urbanas».

Así, las referencias sobre el sur las encontramos en el marco de la expansión de la ciudad, la segregación urbana a partir de las funciones del suelo y las estrategias de inserción residencial de los sectores populares (Carrión 1987 y 1992). En esta lectura de la ciudad, prima el análisis de datos afines con la densidad poblacional, tugurización y cambios de uso del suelo, señalándose en una fracción reducida las relaciones sociales vinculadas al territorio, especialmente en cuanto a la relación campo-ciudad y a las consignas proclamadas por actores sociales. Por otro lado, existen documentos técnicos producidos por el Municipio de Quito en 1992 que ofrecen miradas históricas, culturales y urbanísticas de la ciudad pero que no profundizan en información sobre el sur. Aglutinados bajo el nombre de Serie Quito, estos documentos ofrecen información relevante, que ha sido considerada para elaborar el contexto de esta investigación.

La mayor cantidad de datos referentes al sur se encuentran en el libro *Quito: Transformaciones urbanas y arquitectónicas*, que ofrece una excelente recopilación de la proyección de la ciudad en sus planes urbanísticos. Sin embargo, la principal dificultad que hemos encontrado en esta fuente es que no existen datos comparables para nuestra zona de

estudio, pues este territorio, así como el sur en general, ha sido reconfigurado en diferentes parroquias y zonas a partir de 1970.⁵

Por lo tanto, y tomando prestadas las palabras de Kingman (1992c, 17), «Los modelos arquitectónicos y urbanísticos constituyen instrumentos válidos de análisis en la medida en que se los utilice dentro de su propio campo y no como sustitutos de la explicación de realidades complejas, en los estudios de ciudades esto es aún bastante frecuente». Aunque en los últimos años se han emprendido otros tipos de estudios de la ciudad, estos aún no se han extendido al sur de Quito.

En ese contexto, intentamos aportar con el estudio del caso específico de un barrio, para cuya realización han sido de suma utilidad otros estudios sociales vinculados con la transformación de la ciudad y los sentidos de pertenencia, publicados a escala internacional.⁶

La investigación cualitativa sobre el asentamiento partió del trabajo de campo de tipo etnográfico y este nos incentivó a dar un papel importante a las fuentes orales, cuya recopilación, sistematización y análisis fue organizada a partir de la metodología de la historia oral.⁷ Esta se destaca por su capacidad de visibilizar a actores sociales que tradicionalmente no recibieron atención de investigaciones sociales científicas (Folguera 1994, 19). Esta también se ha caracterizado por enfocar el ámbito subjetivo de la experiencia humana para examinar la versión y visión de la experiencia de los actores sociales (Aceves 1998, 214). Desde esta óptica, se cotejaron los testimonios de 44 habitantes con los registros documentales del barrio (primarios y secundarios) y con los vestigios monumentales que perviven en la calle y en los archivos personales de los moradores de La Concordia # 1. Estos han sido considerados reductos desde los que se evoca la memoria en distintos niveles y con distintos propósitos.

5 En cuanto a nuestro objeto de estudio, estas serían: la parroquia de Chillogallo, la Zona Turubamba y la Zona Quitumbe, con sus respectivas subdivisiones en diferentes parroquias, según el período al que corresponden.

6 Algunas referencias importantes se pueden encontrar en los trabajos de Ana María Portal (2006), Alicia Lindón (2006), Beatriz Eugenia Soto-Enciso (2011), entre otros estudios mexicanos.

7 Para profundizar en el tema, se revisaron los trabajos académicos de Pilar Folguera (1994), Jorge Aceves (1998), Mauricio Archila (1991) y Philippe Joutard (1986).

En cuanto a las fuentes orales, se seleccionó a diecisiete moradores que nacieron y/o crecieron en la calle durante la época en que existían haciendas, a los que se identifica como antiguos (nacidos entre 1925 y 1968); a catorce personas que llegaron a vivir en la calle desde otras ciudades, a los que se denomina migrantes (nacidos entre 1938 y 1978), y a trece jóvenes nativos de La Concordia (nacidos entre 1984 y 1998). Este proceso de selección se realizó mediante la técnica de bola de nieve y con la intención de recoger y conocer la voz propia de los habitantes. A los informantes se los entrevistó con preguntas abiertas, enfocadas en la vida cotidiana de la calle, en los recuerdos y percepciones sobre la transformación urbanística entre 1990 y 2010, así como en la apropiación y sentido de pertenencia de los habitantes respecto al territorio.

Entre los testimonios de moradores debe apuntarse la memoria escrita del barrio realizada por Ramiro Regalado Vinueza. Él es hijo del fundador del comité barrial de La Concordia, que fue un elemento clave para la generación de identidad barrial. El documento es, fundamentalmente, un homenaje a Miguel Regalado Tipán, en el que se puede revisar la historia del Comité Barrial. Este ha sido una fuente útil para acceder a fragmentos de las actas originales de sesiones del comité y a la transcripción de otras. El texto incluye también una semblanza a la familia materna de Regalado Vinueza y muestra su esfuerzo por sostener la memoria barrial vinculándola con la gestión y obra de moradores antiguos que no pertenecieron a la hacienda. Como tal, presenta una versión de la historia del barrio focalizada en ciertas familias y excluyendo a otras. A pesar de ello, esta memoria escrita expresa el esfuerzo por ordenar y perpetuar la memoria familiar en un relato que delinea los rasgos y relatos del barrio que el autor considera importantes, y que a la vez lo diferencian de otros asentamientos. Es una evocación del pasado con un propósito en el presente que podría resumirse en esta declaración del autor: «La Concordia más que un lugar físico, es un sentimiento profundo de identidad y de familiaridad» (Regalado 2004, 159). Añadiendo a ello que «la escritura constituye el medio de transmisión por excelencia de la memoria que no quiere ser transformada» (Rivaud 2010, 120). Se hizo uso de esta fuente considerando las características descritas que expresan a la vez su riqueza y sus limitaciones.

Los testimonios fueron confrontados con los registros documentales. En paralelo con el trabajo de campo, se realizó una búsqueda de información sobre la calle y sus alrededores en los archivos de varias instituciones de la ciudad, como el Registro de la Propiedad, el Instituto Metropolitano de Patrimonio, la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central del Ecuador, el Archivo Nacional y el Municipio de Quito, cuyos registros han servido para recoger las huellas de la existencia de La Concordia # 1 hasta finales del siglo XX.

Otra fuente valiosa para la obtención de información ha sido los vestigios en las infraestructuras de la calle, que se pueden leer mediante la categoría de paisaje que propone la geografía cultural (Fernández 2006) y con el apoyo de la noción de paisaje cultural que propone el antropólogo colombiano Germán Ferro (2009), con lo que se buscó el diálogo entre los diferentes tipos de fuentes y las reflexiones teóricas sobre la memoria, la identidad y el espacio, puesto, además, en relación con el contexto urbano y social de Quito en la segunda mitad del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Los procesos de urbanización y de modernización en este marco temporal son fundamentales en la investigación pues, como señala el historiador colombiano Mauricio Archila (1998, 284-5), las fuentes orales se construyen para entender el pasado y estas deben estar en diálogo con su contexto estructural.

Este intento por escuchar lo que el relato de este barrio nos puede decir sobre la ciudad, partió de la concepción del espacio como la suma de su plano físico (paisaje) y del accionar de los seres humanos que lo han configurado al atribuirle determinados valores y significación (Santos 2000), poniendo énfasis en una visión del espacio desde la perspectiva de los sujetos que ofrece la geografía cultural.

Para comprender cómo una calle se convirtió en barrio es importante darle un papel preponderante al espacio y dialogar con él por medio de sus límites, bordes, circuitos y desde la representación de la ciudad que desde él se hace (Silva 2000). A la vez, considerando al espacio-barrio como un representante micro de su universo y como un agente que expresa, en lo individual, la experiencia social de la estructura mediante las huellas de la memoria que se recogen en la historia oral (Joutard 1986).

La metodología seleccionada demanda la comprensión de las posibilidades y limitaciones de las fuentes orales cuando de trabajar con la

memoria se trata. En este sentido, resulta importante apuntar el análisis sobre la naturaleza de la memoria que propone Guillermo Bustos (2010, 10-9), pues, resumiendo la reflexión del historiador ecuatoriano, la memoria puede aparecer como una mimesis de la realidad. Esta se reclama como verídica al originarse en los «actos de memoria» (testimonios, historia oral, relatos de vida). El testimonio, derivado de la palabra testigo, se refiere a dar fe de que algo ocurrió. Sin embargo, «entre el derecho a recordar y la afirmación del valor de verdad de un recuerdo no hay una equivalencia automática» (12). Que la memoria no sea consciente de su maleabilidad no le resta importancia como herramienta para explorar la experiencia particular de los individuos, porque lo que importa es el sentido que estos le dan a los acontecimientos del pasado en un relato que elaboran desde el presente.

Tomando prestadas las palabras de Bustos (2010, 19), «somos lo que recordamos, lo que sentimos y lo que interpretamos [...], es por eso que la memoria indefectiblemente nos remite a la identidad».

Desde la rememoración, buscamos las experiencias de los habitantes y exploramos el sentido del lugar para ellos a lo largo del tiempo y del espacio. A partir de los recuerdos del espacio, se realizó el ejercicio analítico que reconstruye los orígenes del barrio, su consolidación y su fase de desintegración en el contexto urbano actual del sur de la ciudad. Mediante la categoría de identidad, como sentido de permanencia, buscamos entender cómo estas personas se enfrentaron al acelerado proceso de urbanización y cómo se insertan en la globalización.

Aunque el llamado a la identidad es frecuentemente una expresión de crisis, como dijera Francois Dubet (1989, 536-45), «[E]sta también impone una nueva figura del sujeto cuando la personalidad, el sentimiento de ser de un sujeto aparecen como un desafío, una forma de resistencia y una creatividad social».

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA HACIENDA IBARRA A LA CIUDADELA IBARRA: DINÁMICA ESPACIAL DEL BARRIO LA CONCORDIA # 1

En este capítulo se busca reconstruir el proceso de conformación del territorio en el que se asienta La Concordia # 1, para comprender la manera en que la calle adquirió la denominación de barrio por parte de sus habitantes. Con ese propósito, se explora la dimensión espacial desde la perspectiva de la geografía cultural, pero también desde los aportes de la antropología, la geografía humana y los estudios urbanos.

La palabra *espacio* evoca una amplitud de posibilidades. Se aplica indiferentemente a una extensión, a una distancia entre dos cosas o dos puntos o a una dimensión temporal, dice Marc Augé (2008, 87), para quien el espacio en sí mismo es más abstracto que el lugar. Siendo el espacio la suma de su plano físico (paisaje) y del accionar de los seres humanos que lo han configurado al atribuirle determinados valores, significación (Santos 2000, 86-9); este es la esfera macro de lo que ocurre en todo el mundo a distintas escalas, como un lugar, la ciudad, la región, el país, etc.

Para esta investigación, estudiamos al espacio en una escala reducida y lo entendimos como «un sistema de relaciones y un producto social organizado» (Brunet y Dollfus citado en Sogeocol 2015). Con lo que

buscamos mostrar cómo se constituyó el territorio de La Concordia # 1 (en adelante, La Concordia) mediante el análisis del sistema de relaciones que desde él se establecieron con otros lugares. En tanto producto social organizado, veremos cómo el espacio del barrio es ordenado y controlado por el conjunto social que lo habita mediante su interacción con estructuras sociales y económicas, en un contexto histórico específico (Deler 2007, 181).

De esta manera expondremos las particularidades que fundan y constituyen el territorio (Fernández 2006, 233) de La Concordia y que pueden ser exploradas, en este caso desde la memoria, para mostrar la configuración de su dimensión espacial. Dicho análisis se lleva a cabo en un período comprendido entre 1951 y 2010, dividido en dos etapas. Estas se ordenan de manera cronológica y en correspondencia con acontecimientos específicos impregnados en la memoria de los habitantes: 1951-1970, origen y consolidación del barrio La Concordia; y 1970-2010, proceso de urbanización y transformaciones espaciales.

En la primera parte se estudiará cómo se funda el paisaje urbano del barrio, entendido como la configuración territorial del espacio con sus elementos naturales y artificiales (Santos 2000, 86). Para ello se analizan cinco acciones de los habitantes respecto al espacio: reconocerse en este, orientarse dentro y fuera de él, marcarlo, nombrarlo e institucionalizarlo. Estos preceptos, propuestos por Paul Claval (citado en Fernández 2006, 231-2), nos ayudan a reflexionar sobre la manera en que un grupo humano produce «un paisaje urbano, esto es el espacio que le da sentido de identidad como grupo social» (Fernández 2006, 233). Por intermedio de estos factores conoceremos los límites del territorio, los itinerarios de los habitantes y los hitos del espacio, vinculados con la historia de la ciudad.

En la segunda parte se analiza cómo se modifica el paisaje urbano de La Concordia a partir del acelerado proceso de urbanización en el sur de Quito y plantaremos de qué manera este fenómeno convierte al barrio en un lugar vacío (Bauman 2000) para los observadores externos, y en un lugar antropológico (Augé 2000) para quienes habitan en él.

Antes de comenzar, debemos señalar que para fines descriptivos del asentamiento se usará de manera indistinta la denominación calle-barrio, mediante la cual buscamos ofrecer una referencia de la particularidad del espacio físico y del espacio imaginado por los habitantes.

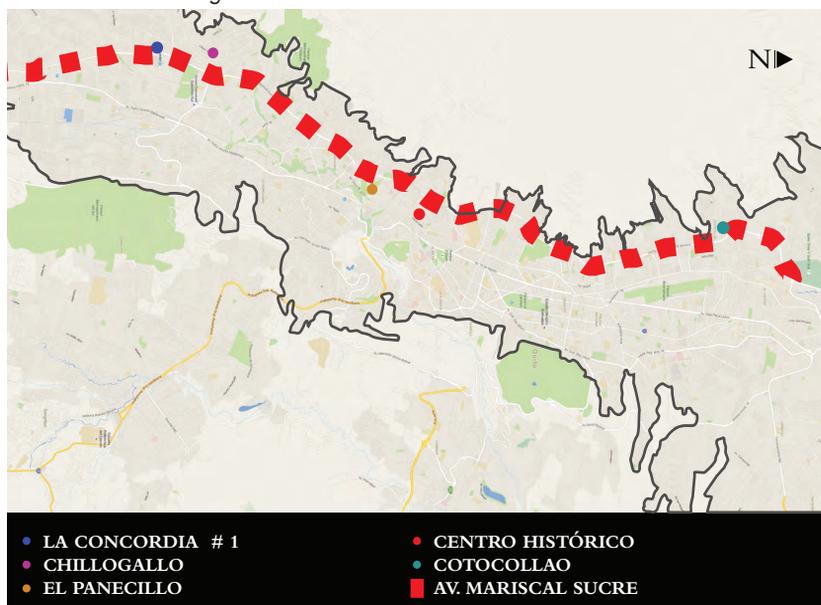
EL ORIGEN DEL BARRIO LA CONCORDIA # 1

La historia del asentamiento se remonta a finales del siglo XIX, época en la que documentos de propiedad registran la compra de terrenos que actualmente conforman el territorio de La Concordia. Hasta mediados del siglo XX la calle-barrio fue conocida como un anejo.

Para el estudio partimos desde 1951, fecha desde la que existen documentos que dan cuenta de la formación del comité barrial, el cual jugó un papel importante en la configuración de la identidad territorial del espacio, tanto entre las personas que lo habitaban, como ante los actores externos como el Municipio y otros asentamientos de los alrededores.

Lo que los moradores de La Concordia han denominado barrio es una calle, un fragmento de la avenida Mariscal Sucre que atraviesa el flanco occidental de Quito, desde el extremo norte hasta el extremo sur.

Gráfico 1
Prolongación de la avenida Mariscal Sucre de sur a norte



Fuente: Google Maps

Elaboración: Andrés Felipe Trávez

Esta prolongada avenida, en sus comienzos debió ser el camino aborigen de ladera entre Cotocollao y Chillogallo, el de mayor facilidad para el tránsito (y el asentamiento humano) debido a la presencia de una laguna en el norte y de terrenos cenagosos en el sur (Terán 1992, 72). A inicios del siglo XX, al tramo de este camino que iba desde el centro de Quito hacia el sur se lo conocía como la carrera de Ambato, seguramente porque era el camino que partía desde la capital hacia esa ciudad.⁸

Para entonces, el sur de Quito se había consolidado como una de las poblaciones que proveía de recursos agrícolas, ganaderos, madereros y otros al área urbana de la capital, que se concentró en el centro de la ciudad durante cuatro siglos desde su fundación. Hacia 1950 esa situación no había cambiado y nuestro lugar de estudio, ubicado en la parroquia de Chillogallo, se encontraba inserto en un ambiente rural y estaba rodeado de haciendas.

Estos grandes fundos se convirtieron en uno de los principales referentes para que los habitantes se orientaran en el espacio. Hemos reconstruido los límites del asentamiento a 1956 a partir de la recopilación de la memoria de 14 habitantes antiguos, quienes nacieron entre 1925 y 1968.⁹

Por el lado norte, se encontraba una pequeña elevación natural llamada Cashaloma, cotidianamente conocida como «la loma», frente a los bosques de la hacienda Las Cuadras. Por el lado sur, estaba la pequeña quebrada llamada Calicanto; por el este, los potreros de las haciendas El Carmen y Ortega, y por el oeste, los potreros de la hacienda Ibarra o San Antonio.

Estas son las demarcaciones de la frontera de La Concordia hacia dentro y hacia fuera; sin embargo, el espacio no se limita a estos bordes. La dimensión espacial se configura en función de la red de relaciones que establecen los habitantes, creándose un espacio que es ampliado con sus trayectorias. Este abarca mucho más que el lugar en sí mismo. Para

8 Más tarde se conoció como Bahía de Caráquez y luego como la avenida Vencedores de Pichincha, hasta recibir el nombre de Mariscal Sucre en la década de 1990.

9 Muchos de los informantes antiguos nacieron, crecieron y viven aún en el barrio La Concordia # 1. Algunos de ellos también fallecieron ahí después de la realización del trabajo de campo en agosto de 2011.

conocer su extensión, exploraremos sus itinerarios, no sin antes identificar quiénes habitaban en el anejo, pues de ello dependen los recorridos diarios. Nos remontamos brevemente a los orígenes del asentamiento.

Gráfico 2.
Límites de La Concordia # 1 Circa 1956



Fuente: fotografía satelital del Instituto Geográfico Militar
Elaboración: Felipe Trávez

Los primeros moradores llegaron al lugar de sectores aledaños como Rumiuco, Chillogallo, Machachi, La Concordia # 2, Cutuglahua y en menor proporción de otras provincias, según se registra en las fichas biográficas y en los testimonios de nuestros informantes. Ellos acceden a las franjas de terreno que conforman la calle por medio de dos remates municipales, uno de 1874¹⁰ y otro de 1947.¹¹ El primero parece haberse concentrado en la vereda oriental de la calle, mientras el segundo, hemos verificado con las escrituras de actuales moradores, se dedicó en los terrenos de la vereda occidental. Quienes acceden a los terrenos por estas dos vías son fundamentalmente trabajadores independientes de la hacienda y los propietarios de los fundos Ibarra y El Carmen.

De esta manera, para 1951 en La Concordia se conforman dos grupos de habitantes. Por un lado, viven personas empleadas en diferentes oficios (como la arriería, la cosecha de papas, el desposte de ganado, la producción de harina, la jardinería, la albañilería, la carpintería, la tala de bosques, la elaboración de carbón, entre otros), quienes se autodenominan trabajadores independientes. También ocuparon el asentamiento algunas familias de trabajadores de la hacienda, que recibieron su *huasipungo* en esta calle por parte de los hacendados que adquirieron estos terrenos.¹²

10 El remate de 1874 lo ubicamos por medio de la escritura de la vivienda del morador Gorky Vinueza. En este documento se señala el historial de la propiedad mediante el cual se registra que José Antonio Jiménez (antiguo morador de la primera generación de habitantes del asentamiento) compró este terreno en remate de la municipalidad del 3 de marzo de 1874. También hemos encontrado este documento en la sección notaría del Archivo Nacional, notario Luis Enrique Maya, escritura de partición de bienes, 6 de julio de 1943, en la que se registra los datos de la propiedad que José Antonio Jiménez vende a Felipe Parra el 15 de septiembre de 1893.

11 La documentación localizada en los archivos del Registro de la Propiedad y del Archivo Metropolitano de Historia de Quito señala como fecha del remate el 14 de noviembre de 1947. En el Archivo Metropolitano de Historia se encontraron 12 escrituras relacionadas con remates de terrenos municipales en La Concordia y sus alrededores (Turubamba, El Pugro, Monjas, Santa Rita y la Arcadia). De estos, tres mencionan específicamente remate en La Concordia y señalan como compradores a: José Rafael Chiriboga, Aníbal Endara y Jorge Vinueza. Estos sin duda no son todos los compradores pues por medio de escrituras facilitadas por los vecinos se han encontrado los remates de otros lotes de la misma fecha.

12 En el remate de 1947, José Rafael Chiriboga Chiriboga (hacienda Ibarra) obtuvo un terreno de 996 m² por 3100 sucres. En esa misma subasta, Jorge Guerrero (hacienda

Esta fue la conformación poblacional inicial de La Concordia, cuyas prácticas produjeron el espacio y le dieron vida (Santos 2000, 88). Exploramos sus maneras de habitar mediante los itinerarios que marcaron el recuerdo de los habitantes.

Uno de los factores importantes para analizar su movilización son las vías de comunicación por medio de las cuales se accedía al territorio de La Concordia y desde este hacia el resto de la ciudad. Para 1951 la red vial del lado occidental de la parroquia de Chillogallo estaba reducido a la carrera de Ambato (hoy avenida Mariscal Sucre), mientras que por el lado oriental se contaba con la carrera García Moreno (hoy avenida Maldonado). Ambas vías, que atraviesan todo el sur de Quito, corren en sentido norte-sur. Las conexiones este-oeste eran pequeños caminos que se recorrían a pie, a mula o a caballo (Tipán 2011, entrevista personal; Municipio de Quito 1992, 20), por lo que la dimensión del paisaje de La Concordia estaba reducida a la escala humana, es decir, al trecho que se podía transitar generalmente a pie (Fernández 2006, 233). Eran los espacios en otras haciendas y anejos aledaños los que constituían el principal destino de sus recorridos diarios.

Entre los primeros itinerarios que incorporan los habitantes está el camino a la Escuela Abdón Calderón. Esta nació en una casa prestada de los habitantes para luego trasladarse a su actual local, en el segmento de la calle que hoy se conoce como La Concordia # 2. Todos los informantes antiguos que estudiaron, en su mayoría los primeros niveles de la educación primaria, pasaron por las aulas de esta escuela. Quienes tuvieron mayores posibilidades, lograron trasladarse al plantel educativo en Chillogallo e incluso a colegios ubicados en el centro-norte de la ciudad, después de haber cursado los primeros años en la Abdón Calderón.

La recolección de leña fue una tarea que trazó otro itinerario temprano de los habitantes. Niños, niñas y jóvenes eran encargados de tener provistas las viviendas del combustible básico para la cocina. Ramas y hojarasca se recogían principalmente en los potreros de las haciendas Las Cuadras e Ibarra (occidente).

Los propietarios de los fundos prohibían el paso a quienes no trabajaban en la hacienda y también inhibían a sus propios peones del

El Carmen y Ortega) obtuvo un terreno de 1185 m² por 4500 sucres. Este último parece haberse encontrado en la vereda oriental de la Concordia # 2, que colinda con la hacienda Ortega.

usufructo de los recursos naturales de la hacienda, siempre que no fuera en el *huasipungo* o en épocas especiales como el fin de la cosecha. A pesar de ello, ambos grupos de habitantes del anejo buscaban horas de poco control en las propiedades para abastecerse de leña todos los días.

Aunque de por sí el acceso a las haciendas estaba condicionado y limitado, los dos grupos de habitantes de La Concordia encontraban maneras de escabullirse y beneficiarse de sus recursos naturales. Cosa que no fue posible en el caso de las haciendas El Carmen y Ortega (oriente), a las que solo entraban sus trabajadores y muy ocasionalmente sus familiares. Los propietarios de estos fundos eran particularmente inflexibles respecto al acceso en sus terrenos, a tal punto que los testimonios de nuestros informantes reportan los frecuentes conflictos entre Antonio Guerrero Mora, propietario de Ortega y El Carmen, y Augusto Saá Cousín, dueño de Las Cuadras e Ibarra, pues el primero impedía que los trabajadores del segundo pasaran a limpiar los pasos de agua que a veces se llenaban de ramas e impedían el flujo del líquido hasta las propiedades de Saá. Por ello, a pesar de la cercanía de El Carmen, este fundo no llegará a ser parte de los itinerarios de los habitantes de la calle-barrio y por el contrario se grabará en su imaginario una idea negativa sobre sus propietarios. Al menos hasta el fin de la hacienda.

Por otra parte, los potreros, bosques y quebradas ubicados dentro de las haciendas Ibarra y Las Cuadras eran sitios de esparcimiento para los jóvenes y niños que se entretenían cazando tórtolas, recogiendo frutas y jugando en su interior, mientras que para los trabajadores de la hacienda eran su espacio diario de trabajo.¹³

De la información registrada, en La Concordia habitaron un mayordomo, un capataz y algunos peones de la hacienda Ibarra; un capataz y algunos peones de la hacienda Las Cuadras, así como algunos peones de la hacienda El Carmen. Sus tareas dentro de las haciendas eran variadas. De manera general, los peones y sus familias se ocupaban fundamentalmente del cuidado del ganado, el ordeño, la limpieza de acequias, el cuidado de la propiedad y cualquier otra tarea que requiriera el terrateniente en la hacienda o en sus propiedades ubicadas en la ciudad.

13 Eran pocos los moradores del asentamiento que trabajaban en los fundos, mas ellos y sus descendientes han habitado el espacio sostenidamente por cinco generaciones, al igual que los trabajadores independientes.

La jornada se iniciaba y finalizaba con el ordeño. Este se hacía en dos horarios, de 04:00 a 06:00 y de 16:00 a 18:00. Las mujeres que estuvieran de turno en el trabajo de *huasicama* hacían limpieza, cocinaban y otras tareas dentro de la casa de hacienda. Una vez finalizado el ordeño, regresaban a las tareas de la casa o ayudaban a los hombres que se encargaban de los potreros. «Limpiábamos la acequia. Nos íbamos a ver dónde hay zanjas para limpiar la ramazón. Las acequias de agua bajaban de Atacazo a [la hacienda] Álvarez, de Álvarez pasaba para acá [hacienda Ibarra], de ahí pasaba para abajo a Las Cuadras. Todo eso se limpiaba», rememora Inés Díaz Quishpe (2011, entrevista personal), antigua trabajadora de la hacienda Ibarra.

El trabajo de mantenimiento dentro de las grandes propiedades nunca faltaba y generalmente se prolongaba hasta las noches con el cuidado del ganado, del que se encargaban especialmente los hombres. Sobre esto nos cuenta Petrona Díaz (2011, entrevista personal) cuando rememora al patrón Augusto Saá: «Él era un poco malo, no dejaba coger la hierba. Teníamos que coger de noche. Tenía ganado en la hacienda y la gente de aquí (hacienda Ibarra) mandaban para abajo (hacienda Las Cuadras) a dormir cuidando el ganado de noche. Se sufría. Nosotras las mujeres íbamos con el desayuno a buscar dónde están [los hombres] en las haciendas». Testimonios de otros moradores confirman que eran duras las condiciones para vigilar las recuas de animales en los potreros durante las frías madrugadas. Los peones encargados de esta tarea dormían en las pampas dentro de pequeñas casetas, en las que apenas alcanzaba el cuerpo (Regalado 2011, entrevista personal; Morocho 2011, entrevista personal).

Los potreros constituyeron el espacio de trabajo y de abastecimiento del núcleo familiar. En ellos se tenía ganado al partir, de ellos se tomaba la hierba para los cuyes y otros animales de granja. Sobre ellos también se llevaba a cabo la siembra, otra tarea de gran importancia para el abastecimiento de la ciudad y de los mismos habitantes del asentamiento.¹⁴ Finalmente, en esta red de relaciones que se establecen desde el espacio

14 Después de la cosecha de los mejores granos que serían vendidos por los hacendados, estos permitían a los habitantes de los lugares cercanos recoger las sobras de cereales que eran llevados en costales por los moradores de La Concordia # 1 y que representaban una importante fuente de alimentos.

de La Concordia, se encuentran los *huasipungos* de la hacienda Ibarra, donde habitaban familiares de los trabajadores de la hacienda que vivían en la calle. Ubicados hacia el noroccidente desde la calle-barrio, eran un lugar de frecuente visita, pues, además de la relación familiar, sobre estos terrenos se hacían acuerdos de siembra al partir. Esto implicaba que ponían la tierra sin costo a cambio de la mitad de la cosecha producida al final del ciclo. Este sistema no solo se producía entre trabajadores de la hacienda, quienes facilitaban el terreno de su *huasipungo*, y trabajadores independientes. Lo mismo podría ocurrir entre hacendados y trabajadores independientes. Los primeros ponían los potreros y los segundos sus vacas, repartiéndose por días la producción de leche (Municipio de Quito s. f.).

Hasta aquí hemos descrito la relación con el espacio ampliado de los alrededores, en un diámetro no mayor a 3 km, que comprende las rutas diarias y frecuentes; pero existió también un uso del espacio que se prolongaba de manera ocasional hacia otros extremos del sur, norte y occidente. De modo que el espacio es móvil, conforme con los flujos y trajines (Kingman 2014, 17) de quienes lo constituyen.

Este espacio móvil de La Concordia se extendió especialmente a sitios que concentraban o generaban una actividad económica para los trabajadores independientes. Al sur llegaba hasta Guamaní, donde los viernes se realizaba la venta de carne de res, y hasta el anejo Rumiucu, en el que se establecían tratos de siembra de terrenos al partir con *huasipungueros* de ese lugar. Al suroccidente, hacia la hacienda Tilicucho donde se talaban montes para la venta de madera; mientras al noroccidente estaban Tandapi, Chiriboga y Babahoyo, poblaciones hasta las que llegaban los arrieros de La Concordia. En el siglo XIX e inicios del XX, con mulas y caballos atravesaban la carretera Chiriboga-Santo Domingo, camino a la Costa que iniciaba en la parroquia de Chillogallo. Luego de 1970, buses y tráileres fueron los medios de transporte con los que extenderían sus rutas al Litoral, ejerciendo el oficio de transportistas.

El camino, de tierra para 1951, estaba rodeado de espacios verdes que los primeros pobladores irían transformando, de manera que vemos cómo controlaron y ordenaron el paisaje (Deler 2007, 181) con los hitos artificiales que marcaron el sitio, y que exploramos en las siguientes líneas.

En primera instancia, los lotes de terreno, que podían abarcar extensiones de 1300 metros,¹⁵ son usados para la construcción de viviendas, el cultivo de pequeños huertos y la crianza de animales domésticos de granja (chanchos, pollos, conejos, cuyes, entre otros), que complementan el sustento de la familia. Cada porción de terreno cobra identidad dependiendo de la familia a la que pertenece: Regalado, Quishpe, Vinueza, López, Tipán, Mallitaxi, Sosa, Jiménez, entre otros. Allí, los hijos no solo nacen y crecen, sino que muchas veces incorporan a sus cónyuges a la propiedad familiar. Con el paso del tiempo, los lotes se constituyen en micro territorios familiares, en los que se adquieren costumbres y modos de hacer específicos. Las dos primeras generaciones producen el espacio que irán modificando las tres siguientes, dejando huellas en el paisaje que permanecen (Fernández 2006, 232) o que se recuerdan y que también constituyen el espacio habitado desde las percepciones humanas.

Es el caso de la plazuela, lugar en el que se reunían los vecinos y que era el núcleo social entre los lotes que conformaban este poblado de forma longitudinal. Por la información recolectada y de la verificación de escrituras de propiedad, la plazuela parece haber sido el centro poblado en el que se originó el asentamiento de La Concordia (Regalado 2011, entrevista personal) hacia finales del siglo XIX y que para 1951 se había extendido hacia el norte debido a la adquisición de terrenos del segundo remate municipal. A pesar de la prolongación del espacio habitado, la plazuela continuó siendo un hito del espacio, al que los primeros habitantes le habían dado el valor de lugar público de interacción, aunque no integrara a todos los moradores. Entendemos que antes de 1947 en ese primer centro poblado vivían únicamente trabajadores independientes de la hacienda y una vez que los *huasipungueros* habitaron en la calle, ellos no se integraron de manera plena a este sitio de intercambio social. Esto debido a un sentido de propiedad del asentamiento o de auténticos fundadores del barrio, arraigado en los miembros de las familias que obtuvieron los terrenos por medio de la subasta municipal.

15 De acuerdo con documentos que reposan en el Archivo Metropolitano de Historia, en el remate de 1947, Jorge Vinueza obtiene 1066 m², por el valor de 3198 sucres. Por su parte, Miguel Regalado Tipán obtiene su propiedad de 1390 m² por 4170 sucres.

El paisaje se fue modificando con la organización y construcción de infraestructura sobre los terrenos adquiridos. Mas el espacio se irá forjando con el trabajo de sus miembros por transformarlo en un sitio que les otorgue las comodidades necesarias para su bienestar. Es en este punto donde la formación del comité barrial juega un papel de suma importancia, al nombrar el espacio y darle una identidad ante las autoridades locales que tienen la potestad para otorgar los servicios básicos con los que se consolidará el proceso de modificación de la calle.

Conforme consta en la recopilación de las actas del comité barrial (Regalado 2004, 78-124), este se forma en 1951 como parte de un proceso de apoyo electoral:

En el anejo de La Concordia a 14 de Octubre de 1951 se forma un comité Luz y Progreso Pro-candidatura del Dr. José Ricardo Chiriboga Villagómez, unánimemente [sic] veintidós personas del citado barrio lo eligen como presidente de honor al Dr. José Rafael Chiriboga siendo (aprobado). El personal del mismo comité lo eligen como presidente al señor Miguel Regalado siendo también (aprobado) [...]. Hemos formado este honorable comité para trabajar sacrosantamente en pro de la candidatura y reelección del Dr. Chiriboga Villagómez. Todo esto es el deseo de que conste en acta para que se de [sic] lectura en presencia de todos y ser aprobada (Regalado 2004, 78).

El comité barrial se forma en el contexto de expansión de la economía ecuatoriana generado por el *boom* del banano, debido a que se generaron mayores actividades económicas, aumentó la exportación y se desarrolló la industrialización. Como consecuencia, se produjeron procesos migratorios y fue notorio el crecimiento urbano de las principales ciudades del país, como Quito y Guayaquil (Bock 1990, 65). En esta época, en la capital existía un auge en cuanto a la formación de comités barriales que aparecían ligados precisamente a la expansión de Quito.

Este surgimiento notorio de organización barrial inicia en 1949, cuando en los barrios obreros formados antes de 1940, aparecen comités pro mejoras que buscan obtener servicios e infraestructura. La creación de estos era incentivada por la alcaldía de José Chiriboga Villagómez, más conocido como «Pepe Parches». Él «parece haberse caracterizado por el cumplimiento de pequeñas obras en todos los barrios de Quito» (Goetschel 1992, 336) y de allí derivaba su apodo.

Chiriboga Villagómez fue vicepresidente del Consejo Municipal en 1948 y en 1949. «A sus 38 años, el Partido Liberal y la Federación de

Barrios y Ciudadelas lo postularon para alcalde de Quito» (Geneanet 2016), cargo que ocupó entre 1949 y 1951. Como descendiente de una de las familias tradicionales de la capital, que eran parte de la élite económica y que acostumbraban mantener varios de sus miembros en cargos públicos de la ciudad y del país,¹⁶ Chiriboga fue también candidato a la Presidencia en 1952 y 1956,¹⁷ siendo su primera candidatura presidencial la que debió adherir el recién instalado comité de La Concordia, en el marco de prácticas populistas que Chiriboga Villagómez había aplicado en la Alcaldía y que fueron características de los regímenes políticos del país de aquella época. Piénsese en José Velasco Ibarra, quien fuera el contendor de Chiriboga en 1952.

Para este momento, la población alrededor de la calle era nombrada y conocida como un anejo, término que expresa la condición de un lugar de estar «unido o agregado a alguien o algo; con dependencia, proximidad y estrecha relación respecto a él o a ella» (RAE 2015). En nuestro objeto de estudio, específicamente como la población anexa a los bordes de las haciendas. Existían seis de su tipo en el área sur de la parroquia de Chillogallo: Rumiuco,¹⁸ Espejo, El Tránsito, Guamaní y La Concordia # 1 y # 2 (Trujillo 1995, 15).

16 Para citar un dato al respecto, el bisabuelo de José Rafael Chiriboga Villagómez fue Pacífico Chiriboga (Geneanet 2016), quien ocupó el cargo de presidente del Ecuador (1859-1861), vicepresidente del Ecuador (1852-1854) y alcalde de Quito (1839). El perfil genealógico de Chiriboga Villagómez se encuentra publicado en el sitio web Geneanet, <http://gw.geneanet.org/ecuadorgen?lang=es&p=jose+ricardo&n=Chiriboga>, donde se señala que fue realizado con base en información del genealogista e historiador ecuatoriano Fernando Jurado Noboa. Un estudio interesante respecto a la configuración de grupos de poder familiares dentro del municipio quiteño es (Gomezjurado 2014).

17 Tras estos fallidos intentos, Chiriboga ocupó el cargo de canciller del Ecuador entre 1960 y 1961, fue embajador del Ecuador en Washington, secretario del Partido Liberal y funcionario del Banco Interamericano de Desarrollo (Geneanet 2016).

18 Respecto a la escritura de este nombre, el arquitecto Marlon Ramírez, funcionario de la Administración Zonal Quitumbe, quien a la fecha se encuentra en comisión de servicios en el Instituto Metropolitano de Patrimonio, advierte que el nombre de la calle principal de este sector se escribe *Rumihurco* y que de esta manera debería ser referido el anejo. Sin embargo, hemos respetado el deletereo de la palabra por parte de nuestros informantes y de la memoria realizada por Luis Trujillo, nativo de Chillogallo y tradicional maestro de la escuela de este sector.

Este anejo, según nuestros informantes de mayor edad, antes de ser llamado La Concordia era conocido como El Ejido. Muchos de ellos señalan que el nombre actual podría haber sido dispuesto por el impulsor y primer presidente del comité, Miguel Regalado. Notamos también que en el acta de fundación no se hace una diferenciación entre Concordia # 1 y # 2. La segunda es la prolongación de la primera hacia el sur, como se puede apreciar en el gráfico 3. En algún momento estas debieron formar un solo asentamiento y por motivos que desconocemos se fraccionaron.

El hijo del fundador del comité barrial, Ramiro Regalado, afirma que el nombre debió ser otorgado por alguna autoridad municipal, la misma que para evitar peleas habría dado la numeración de 1 y 2 (Regalado 2011), según el orden de los fragmentos de la calle en sentido norte-sur, dirección desde la que llegaban las autoridades de la ciudad al sector, aunque La Concordia # 2 parece haber sido habitada antes que La Concordia # 1, según se registra en la genealogía de los padres y abuelos de nuestros informantes más antiguos. Repararnos en estos detalles para reflexionar sobre el apareamiento de la noción del barrio bajo el apelativo de La Concordia # 1, forma en que los habitantes nombran su paisaje y lo diferencian de lo que les rodea hasta la actualidad. Este es un proceso de institucionalización del espacio que se emprendió desde el comité barrial. Este ente organizativo representaba a la calle-barrio con su nombre y límites específicos, que serían asimilados por las autoridades municipales y por los mismos habitantes en el proceso de su consolidación urbana.

Una vez conformada la directiva del comité, este inició sus sesiones y las registró en actas. En estas, se puede apreciar el intento por mantener un lenguaje formal y se nota cómo los representantes del asentamiento buscan insertarse en la lógica que propone el aparato burocrático municipal, para de esa manera gestionar los servicios que requieren.

Omisiones gramaticales y expresiones coloquiales como «el Jiménez» o «vuelvo a decirles que lo que quiero para mí lo quiero para todos», las hacen ricas en signos de comunicación, las mantienen vivas y permiten escuchar los ecos de esos hombres y mujeres interesados en transformar las condiciones duras del paisaje rural, para acceder a las comodidades y servicios que ofrece la urbe pero sin renunciar a su estilo de vida y a sus costumbres, estrechamente vinculadas con el campo.

De manera cronológica, el comité impulsa el trabajo colectivo por los siguientes servicios: mejoramiento de la vía de comunicación y transporte, agua potable y luz eléctrica, que revisaremos rápidamente para anotar los cambios en los hitos del paisaje de La Concordia que genera este proceso.

Una de las primeras preocupaciones de este comité, como se registra en las actas de 1951, fue la gestión para el mejoramiento del camino de acceso, que era: «todo destruido, una lástima. Un carro avanzaba a pasar con las justas. Un camino abandonado», como describe José Enrique Díaz (2011, entrevista personal). Los propósitos de estos arreglos eran mejorar la vía de comunicación que los conectaba con Chillogallo y que fuera posible el tránsito de buses de transporte. El callejón de tierra de 2,50 metros de ancho se transformó en un camino empedrado, al que finalmente arribó el transporte público cuando se conformó la cooperativa de buses San Francisco (Regalado 2004, 53).¹⁹

De esta manera el espacio ya no se reduce a escala humana. Las distancias se acortan y el espacio móvil de los habitantes de La Concordia se agranda.

Para 1952, el Comité busca la instalación del servicio de agua potable que había sido entregado al 40 % de la población, siendo la obra más destacada de José Chiriboga Villagómez (Diario El Comercio 2014). La instalación del agua potable representará uno de los hitos grabados en la memoria colectiva porque generó un cambio en el espacio cotidiano de los habitantes. Antes de la provisión de este servicio, los habitantes debían lavar la ropa en vertientes y quebradas. Después de más de un año de gestiones y de trabajo en grandes mingas colectivas, que se realizaban junto con los moradores del barrio La Raya (parroquia La Magdalena),²⁰ se instalaron cinco grifos públicos por donde se vertía el agua potable. En tres de estos se construyeron lavanderías públicas a las que acudía la gente a lavar e incluso a bañarse.

19 El autor no menciona el año pero estimamos que será entre 1957 y 1958 pues en julio de 1957 se funda esta cooperativa de transportes, que recorría los barrios La Libertad, El Tránsito, Espejo, La Concordia, pasando por Chillogallo, hasta la plazoleta La Victoria en lo que hoy es el centro de la ciudad (Trujillo 1995, 43-4).

20 Acontecimiento registrado en las actas del comité barrial con fechas 30 de marzo, 27 de julio, 20 de septiembre, 1 de octubre de 1952 (Regalado 2004).

Gráfico 3.
Espacio ampliado y móvil de La Concordia # 1 Circa 1950



Fuente: fotografía satelital del Instituto Geográfico Militar
Elaboración: Felipe Trávez



Con el transporte limitado y los caminos aún empedrados, los moradores evitaban transitar por la noche. A salvo, dentro de sus casas se iluminaban con velas de cebo, y los más «adelantados» con lámparas de kerosene, hasta que se iniciaron las gestiones de la luz eléctrica, que en el centro de Quito se distribuía desde 1908, pero que en La Concordia era un sueño para 1957.

Su proceso de instalación fue largo y requirió de la voluntad de reactivar el comité barrial, que no registró actas durante cinco años, y de la colaboración de todos los moradores. Ellos debían obtener los postes de madera, comprándolos a los hacendados de los alrededores, lo que implicaba que debían tumbar el árbol, limpiarlo y trasladarlo a la calle-barrio, con apoyo de camionetas y camiones prestados. A pesar de las dificultades internas y externas para ver realizada la instalación de la luz eléctrica, al finalizar el proceso de provisión de servicios, en la década de 1960, esta se instaló como uno de los recuerdos colectivos más potentes respecto al trabajo conjunto entre los moradores de la calle-barrio.

En el transcurso de obtener los servicios se generó una identificación de los habitantes de La Concordia. Fue un proceso de conquista del espacio, de lo propio, por medio del esfuerzo y el trabajo. Desde entonces el reconocimiento del territorio es claro y necesario para las gestiones. En adelante, cuando se pide a un habitante del sector que identifique su barrio, dirá La Concordia y detrás de este apelativo está el habitar colectivo que ha dado forma al paisaje y que ha constituido la dimensión espacial, como intersección entre el espacio material y el habitado.

Si antes de 1951 existía un centro poblado, un anejo, en esta calle, a partir del Comité pro mejoras se consolidó el territorio barrial, hecho que rebasó la coyuntura política electoral que había dado pie a la organización de los habitantes de la calle-barrio. Aunque las raíces que ligan a cada uno de los dos grupos de habitantes con el sitio (Fernández 2006, 231) son distintas, entre 1951 y 1967 la calle adquiere la dimensión de barrio en el proceso colectivo. Aquí se produce un momento que atañe a todos por igual y que les permite reconocerse como integrantes del mismo lugar a pesar de las diferenciaciones étnicas y económicas que marcan su separación. Este es un proceso histórico que comparten y

que inaugura el sentido colectivo del barrio, cuando la ciudad vivía el inicio de una serie de procesos de modernización.

PROCESO DE URBANIZACIÓN Y TRANSFORMACIONES ESPACIALES

Si para 1959 las casas de las haciendas Ibarra y El Carmen eran las únicas edificaciones visibles en una imagen satelital de La Concordia y sus inhabitados alrededores (gráficos 2 y 3), para 1987 los cuadros de diferentes tonos en los que se apreciaban los potreros y sembríos se verán ocupados por una serie de construcciones, y para 1997 lo difícil será ubicar los reductos de terrenos sin poblar (ver gráfico 6).

La comparación del espacio físico en estas tres imágenes de mediados y finales del siglo XX nos permiten palpar una realidad conocida y evidente: la ciudad se extendió hacia el campo. Lo que nos proponemos explicar es cómo esa avanzada se dio en nuestro lugar de estudio y qué efectos produjo en la vida cotidiana que los habitantes conocieron por casi un siglo (desde el origen del asentamiento, en 1875, hasta la venta de la hacienda Ibarra, en la década de 1970).

En 1959, las casas de la calle-barrio se pueden contar fácilmente entre los inmensos potreros (gráfico 2). Ese fue el mundo en el que vivieron los miembros de la primera y segunda generación como si fuera un medioambiente perenne, en el que era difícil imaginarse el espacio sin las haciendas.²¹ Tan solo veinte años más tarde, la hacienda, como sistema productivo tradicional del sur de Quito y de la Sierra ecuatoriana, se vería drásticamente transformada.

Si el proceso de urbanización de la sociedad ecuatoriana se aceleró notablemente a partir de 1950, en el contexto del *boom* bananero (Deler 2007, 323), a partir de 1970 las transformaciones de la organización espacial de la ciudad fueron más rápidas y profundas aún, debido al crecimiento y exportación de recursos petroleros (Godard 1990, 59).

21 Así lo muestra una conversación entre Ramona López y su esposo José Díaz, cuando rememoran el origen del nombre del barrio y evocan las historias sobre la época en que el mariscal Antonio José de Sucre llegó a Chillogallo, pasando por la calle-barrio, en las vísperas de la Batalla de Pichincha, el 23 de mayo de 1822. En la conversación José contextualiza la llegada del personaje histórico señalando: «ya han de haber sabido existir las haciendas». «Cómo no va a haber las haciendas», replica inmediatamente Ramona a su esposo, develando cómo ella concibe la antigüedad de los fundos y su relación con La Concordia.

A esto se suma la implementación del modelo desarrollista que se había iniciado en el país en 1960, bajo la influencia de los Estados Unidos. Resumiendo el análisis de Jean-Paul Deler, la aplicación de este modelo estaba fundada sobre la industrialización, lo que requería la ampliación del mercado y un proceso modernizador. La dictadura militar (1972-1979) sería la encargada de implementar la modernización como ideología de gobierno y de generar los procesos de reforma agraria, con el fin de «suprimir los obstáculos del desarrollo que presentaban las estructuras agrarias» (Deler 2007, 352-4).

En Quito, particularmente, se desdibujó la separación entre la clase burguesa y terrateniente, como ocurrió en el resto de la Sierra (Guerrero 1975, 57), generándose la inserción de este grupo en el modelo desarrollista. Esto incidió directamente en la promoción y transformación de las antiguas haciendas en urbanizaciones.

En el barrio La Concordia # 1, aunque los hacendados dieran a entender que las pocas garantías sobre sus propiedades los motivaban a vender (con el antecedente de la invasión de la hacienda la Argelia en 1969,²² que se constituyó en el barrio Lucha de los Pobres), pensamos que en realidad la parcelación de las haciendas, en el contexto económico que vivía Ecuador, les debió resultar favorable. En ese momento el capital de la oligarquía quiteña requería modernizarse e invertirse en bienes como edificios y nacientes empresas (Guerrero 1975). Un ejemplo de ello es la familia Guerrero Mora, propietaria de las haciendas El Carmen y Ortega, cuyo edificio aún subsiste en el centro histórico de Quito en las calles Guayaquil y Flores, frente al convento de San Agustín.

Los terratenientes convirtieron sus propiedades en dinero circulante, prácticamente a costo cero, pues no se encargaron de generar

22 Al respecto, Inés Díaz (2011, entrevista personal) dice que la hacienda Ibarra desapareció «porque al patrón le sabían robar mucho la hierba y se despechó y dijo que ya está vendida al Municipio y de ahí dejaron botando, después de unos ocho años hicieron de parcelar». En ese mismo sentido Luis Trujillo (1995, 21) opina en su *Monografía de Chilligallo*: «Seudo políticos propician esas invasiones por lo que su propietarios de otras haciendas de Chilligallo, antes que sufrir esas agresiones, prefieren lotizarlas, parcelarlas o entregarlas para la formación de cooperativas a fin de evitarse problemas con la justicia que, en la mayoría de los casos, han hecho poco o nada para proteger la propiedad privada».

procesos de urbanización que planificaran la provisión de servicios básicos y de vías de transporte y comunicación, como lo reseña Luis Paz y Miño (citado en Carrión 1987, 54):

La acción particular iniciada interesadamente y en exclusivo beneficio propio, por los dueños de los terrenos que antes de hoy fueron huertas potreros o eucaliptos, en las afueras del núcleo urbano. Medían el terreno, señalaban en un croquis o plano las futuras calles y un número de lotes que rindieran ganancias apreciables y ofrecían en venta al público necesitado, a precios, al parecer, ventajosos. Para facilitar la venta comenzaron a dar facilidades de pago, aceptando abonos mensuales o trimestrales desde luego, dejando al Municipio los costosos trabajos de urbanización.

En general, en el sur de Quito se produjo un incremento de la rentabilidad de los terrenos.²³ Esta comercialización del suelo estuvo estrechamente vinculada al proceso de mercantilización de la tierra agraria, cuya fuerte demanda de terrenos fue posible debido a la migración campesina originada por la crisis de la hacienda, la pauperización de las masas urbanas, la emergencia del proletariado y el desarrollo de ciertos sectores medios (Carrión 1987, 44-114).

Los propietarios que conserven sus tierras terminarán sucumbiendo ante el avance de la urbanización y aceptarán el cambio de uso del suelo pues les resultará más rentable (Carrión 1987, 114). Así ocurrió en La Concordia cuando en 1975²⁴ Augusto Saá vendió la hacienda Ibarra para que sea lotizada. Para ese momento, Chillogallo ya había sido declarada como parroquia urbana por parte del general Guillermo Rodríguez Lara, en 1972.

Desde entonces, los cambios en el entorno del barrio sucedieron aceleradamente. Como uno de los primeros signos de la urbanización extensiva en lo que fuera parte del espacio ampliado de La Concordia, para 1970 se incorporó la cooperativa de vivienda La Ecuatoriana que ocupaba 168,3 hectáreas (Bonilla 1994, 142).

En los alrededores inmediatos de la calle-barrio, para «1984, un proyecto de asignación sobre casi 200 hectáreas (ha) de la hacienda [Ibarra]

23 La ley de Reforma Agraria no pudo abolir completamente el *huasipungo*, sino hasta 1970 cuando se expide la ley de Abolición del Trabajo Precario. Ver Paz y Miño (2009, 23).

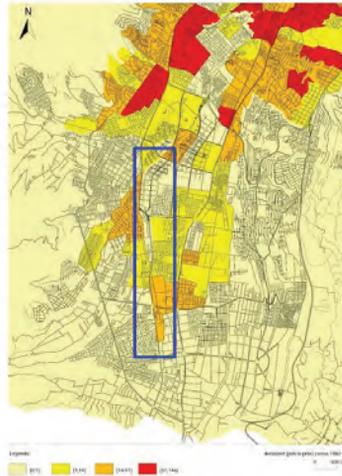
24 Registro de la Propiedad de Quito, ficha de registro por nombre de propietarios.

preveía la construcción de 12 700 viviendas por una población de alrededor de 65 000 personas, divididas en 6.380 lotes» (Stevens 1989, 8). Esto se convertiría en la Cooperativa de Vivienda Unión de Trabajadores Ambulantes de Quito (UTAQ), que empezó a cambiar el paisaje rural de La Concordia.

Enma Taco, antigua vecina de La Concordia, todavía recuerda que a los moradores de la calle-barrio se les ofrecían los lotes en la UTAQ con facilidades de pago en cuotas mensuales, que no terminaron de atraer a los moradores de la antigua calle especialmente por la falta de equipamiento urbano. Al haberse establecido en las primeras cuatro décadas del siglo XX, para 1957 las familias de La Concordia ya contaban con los servicios básicos y en 1967 hasta poseían una central telefónica de forma definitiva para todo el barrio (Regalado 2004, 52-9); mientras que en 1980 las opciones de estos servicios para las nuevas urbanizaciones aledañas eran escasas.

Es en esta década cuando surgió la mayor cantidad de nuevos barrios del sur. Para 1990 representaban el 84 %, con lo que se incrementó el área urbanizada en 2180 hectáreas (Bonilla 1994, 143). Este proceso de crecimiento acelerado y desigual de la ciudad fue una de las principales preocupaciones del cabildo durante los últimos veinte años del siglo XX. En 1980, el Plan Quito designó a la Zona Turubamba como zona de expansión urbana, lo que se resume en los siguientes términos: «a la zona Turubamba se le ha asignado una función residencial e industrial, tiene como rol ser la futura reserva territorial de Quito, receptora del incremento poblacional previsto para los próximos 30 años [...]» (Bonilla 1994, 149). En los esquemas 1 y 2, que se incluyen a continuación, se puede apreciar cómo cambia la densidad poblacional en el sur de Quito.

Esquema 1.
Densidad poblacional por hectárea, sur de Quito, 1982
Territorio de La Concordia dentro del rectángulo azul



Fuente: Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda, Municipio de Quito
Elaboración: José Tupiza

Esquema 2.
Densidad poblacional por hectárea, sur de Quito, 1990
Territorio de La Concordia dentro del rectángulo azul



Fuente: Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda, Municipio de Quito
Elaboración: José Tupiza

Para dimensionar los cambios ocurridos en el sector en términos poblacionales, tomamos en cuenta las estadísticas disponibles respecto a la Zona Turubamba, división territorial en la que se enmarcó La Concordia en la década de 1990.²⁵ Según lo registra el diagnóstico del Plan Zonal Turubamba, elaborado por el Municipio de Quito, entre 1982 y 1990, la población de esta zona creció 2,7 veces, como se reseña en el libro *Quito: Transformaciones urbanas y arquitectónicas*: «De acuerdo al censo de 1982, la población estimada en Turubamba fue de 24 564 hab., para 1990 [de acuerdo al censo del mismo año] la población es de 67 369 hab.; registrándose un incremento de 42 805 personas, con una tasa de crecimiento intercensal de 13,4 %» (Bonilla 1994, 143).

Dentro de la Zona Turubamba existieron cuatro parroquias: El Beaterio, Guamaní, Las Cuadras y Chillogallo. La Concordia se circunscribía en las dos últimas, produciéndose la primera división administrativa de sus veredas entre dos parroquias distintas. El lado oriental se encontraba en Las Cuadras y el lado occidental, en Chillogallo. Es precisamente el límite occidental del barrio el que recibirá el mayor impacto de la nueva población, mientras que en el límite oriental las haciendas El Carmen y Ortega se mantendrán en pie hasta la actualidad, convirtiéndose en un recordatorio del pasado rural de la zona y en el elemento por el que se inició este proceso de investigación.²⁶

Poco a poco, los nuevos centros poblados se ubican alrededor de los antiguos barrios de Chillogallo, van copando el paisaje y difuminando la presencia de los viejos anejos, en tanto que en Quito se consolida la expansión longitudinal de la ciudad. Apreciamos esta situación en el caso de La Concordia en el gráfico 4, que se incluye a continuación.

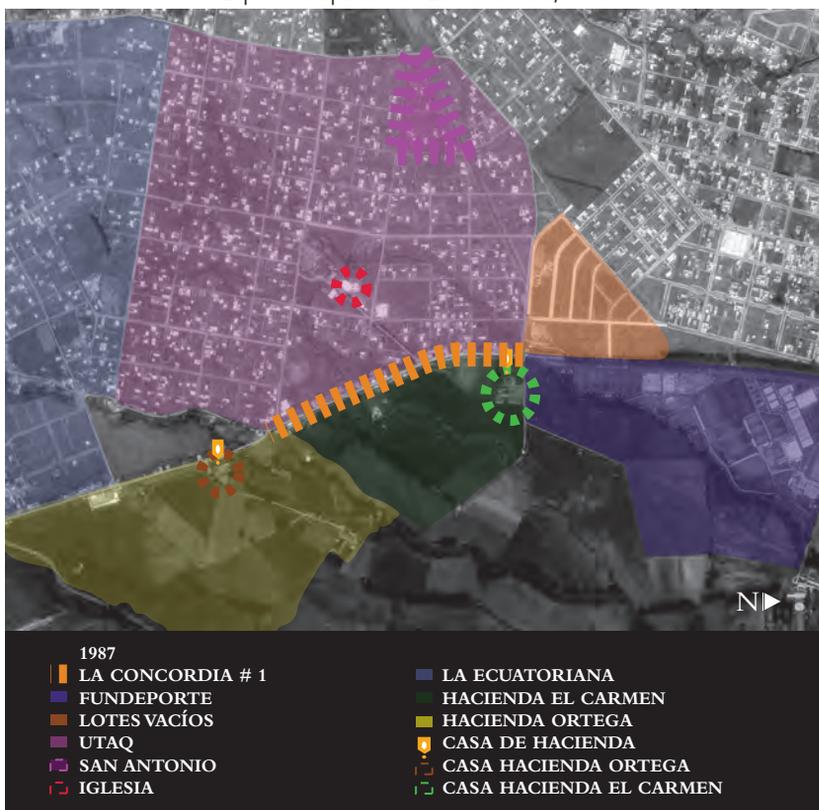
En el gráfico 4 se puede apreciar cómo cambia el espacio físico alrededor de La Concordia, de manera que el barrio pasa de ser un sector reconocido por los antiguos vecinos de Chillogallo, a una calle sin

25 En 1994, los límites de Turubamba eran: norte, avenida Morán Valverde; sur, cantón Mejía; oriente, camino del Inca; occidente, la cota 3200 aproximadamente (Bonilla 1994, 141).

26 En junio de 2010, como parte del curso Memoria, Historia e Identidad, dictado por Germán Ferro, durante la maestría en Estudios de la Cultura, presenté un ensayo que analizaba la infraestructura de la hacienda El Carmen como un lugar de memoria. Mediante la búsqueda de información de este sitio se encontraron las raíces históricas de la calle-barrio e iniciamos este proceso de investigación.

significación alguna para los nuevos pobladores ni para las autoridades. De ser visible a simple vista entre los potreros (gráfico 2), a mimetizarse en la mancha gris de las nuevas construcciones.

Gráfico 4.
Espacio ampliado de La Concordia, 1987



Fuente: Instituto Geográfico Militar, fotografía satelital
Elaboración: Andrés Felipe Trávez

En continuidad con la planificación municipal, en 1990 se aprobó la Regulación Urbana de Quito (RUQ), normativa que, en función de la descentralización y democratización de la ciudad, propone la creación de nuevos centros urbanos y en cuyo marco se implementó el Plan Ciudad Quitumbe (PCQ). Este se proponía «la creación de un Centro Sur, con todas las características del Centro Histórico y concordante con

el Centro Norte —también en proceso de implementación—» (Municipio de Quito 1992, 7). De manera que además de ser un polo de desarrollo urbano, se buscaba que el PCQ genere un plan de solución de vivienda mediante acuerdos con actores estratégicos de este sector (Bonilla 1994, 141; Guayasamín 1994, 184-6). Para sus gestores, el PCQ fue «una propuesta de planificación integral e innovadora con perspectivas e implicaciones de corto y largo plazo para el desarrollo de la ciudad y, particularmente, de la zona sur de Quito» (Municipio de Quito 1992, 9).

El PCQ se sigue materializando hasta la actualidad y mereció premios internacionales en la bienal de arquitectura de 1990. Este contemplaba el uso de suelos de la zona Turubamba, especialmente de tres haciendas, dos de ellas colindantes con La Concordia, como se señala en la introducción del plan:

En este contexto, el I Concejo Municipal de Quito, en uso de sus atribuciones [...], en sesión del 23 de enero de 1989, declaró de utilidad pública el territorio de las haciendas La Balbina, El Carmen y Ortega, localizadas al sur de la ciudad, con una extensión de 250.59 hectáreas para destinarlas a uno de los proyectos de intervención urbana de mayor significación (9).

En el documento *Plan Distrito Metropolitano* se recopilan los detalles de este proyecto urbanístico, entre los que reparamos en la puntualización de los barrios que rodean el área de las casi 300 hectáreas contempladas para la aplicación del Plan a pesar de la cercanía e influencia directa del proyecto en La Concordia, como se puede ver en el gráfico 5.

Entre los barrios que rodean al Plan no se mencionan a los antiguos anejos de Chillogallo que, como La Concordia, se formaron en la época de las haciendas. Citamos al Plan Quitumbe: «Las urbanizaciones o asentamientos que rodean el proyecto: Vendedores Ambulantes, Martha Bucaram de Roldós, Ejército Nacional, Pueblo Solo Pueblo, Nueva Aurora, Lucha de los Pobres y los programas de la Junta Nacional de la Vivienda Turubamba y Solanda».

Gráfico 5.
Mapa de división territorial de las haciendas contempladas para el PCQ
y proyección de la ubicación de la hacienda Ibarra²⁷



Fuente: Plan Distrito Metropolitano, 1992, 29
Elaboración propia

Estos barrios, formados entre 1970 y 1980, se ubican al sur, al norte, al este y al oeste de nuestro lugar de estudio, que se encuentra literalmente al frente del límite occidental del Plan Quitumbe. La Concordia parece volverse invisible para los ojos externos al asentamiento.

En el gráfico 6 podemos apreciar cómo la calle-barrio no parece más que una hilera de casas entre las manzanas de lo que se conocería como la Ciudadela Ibarra, aunque internándose en la calle, para esta época sería fácil notar la antigüedad de sus viviendas, como se mostrará en los gráficos 9 y 10 (capítulo 2).

27 Las letras y líneas de colores en el gráfico 5 son propias. Se introdujeron para visibilizar la relación directa del PCQ y La Concordia.

Gráfico 6.
Espacio ampliado de La Concordia a 1997



Fuente: Instituto Geográfico Militar, fotografía satelital
Elaboración: Andrés Felipe Trávez



CDLA. IBARRA
SAN ANTONIO

CDLA. IBARRA
SAN ANTONIO

CASA HACIENDA EL CARMEN

Entonces, La Concordia se convierte en un lugar vacío, «un lugar sobrante que queda después de que se ha llevado a cabo la tarea de estructuración de los lugares que realmente importan», como sostiene Zygmund Bauman (2000, 113). Estos «deben su presencia espectral a la falta de coincidencia entre la elegancia de la estructura [...] y a su imposibilidad de ser clasificados claramente». Mas el vacío del lugar, continúa el sociólogo polaco, «está en el ojo de quien lo contempla y en las piernas del habitante o en las ruedas del auto».

Siguiendo a Jerzy Kociatkiewicz, Bauman (111) define los lugares vacíos como aquellos a los que «[n]o se les adscribe sentido alguno. No tienen que estar físicamente aislados por medio de cercas o barreras. No son lugares prohibidos, sino espacios vacíos, inaccesibles debido a su invisibilidad. No significa que estén vacíos por ser insignificantes», sino que no pueden ser entendidos por quienes no forman parte de su estructura o no están relacionados con ella.

Así se entiende que el espacio no sea parte de los mapas de asentamientos levantados a finales del siglo XX por entidades municipales, que sus veredas sean divididas en parroquias distintas y que esto se perpetúe hasta el siglo XXI como veremos enseguida.

Por razones de tiempo no nos detendremos a examinar el papel que la planificación institucional podría tener en el olvido e invisibilización de este espacio. No solo que al producirse nuevas configuraciones urbanas fue separado en dos extremos, sino que además se le vació de contenido social, histórico y patrimonial. Esto se podría constatar al analizar las memorias municipales de Quitumbe, La Ecuatoriana y Chillogallo, producidas entre los años 2000 y 2001. En las dos primeras no consta la calle-barrio como uno de los asentamientos antiguos, ni tampoco los testimonios de sus moradores. Más llamativo aún es el hecho de que la *Memoria de Chillogallo* sea la versión editada de la *Monografía de Chillogallo*, escrita por el profesor Luis Trujillo, y en la que se eliminó todas las referencias a nuestro antiguo anejo que constan en el documento original. De manera que en el proceso de incorporación del campo a la ciudad, este pequeño asentamiento parece haber sido objeto discrecional de anulación, al no ser observado bajo la mirada tecnocrática, que también puede ser leída desde la idea de Bauman del lugar vacío.

Como es lógico y como ha sido registrado en el caso de Quito, el crecimiento urbano afecta a los ecosistemas, especialmente cuando este es desordenado y con índices de crecimiento poblacional altos. Los principales aspectos ambientales de afectación se concentran en la ocupación de áreas agrícolas, la contaminación de suelos y cursos de agua y la tala indiscriminada de bosques (Bustamante 1994, 54). Todos estos cambios son visiblemente apreciables en el caso de nuestro asentamiento de estudio y de muchos otros sitios de la ciudad, que en menos de 40 años pasaron de ser ambientes rurales a espacios urbanos en crecimiento.

Esto que parece ser un aspecto común de la expansión de las ciudades, contiene implicaciones para los pobladores que se han arraigado al territorio desde las prácticas, costumbres y modos de vida. Aquella relación que da vida al lugar se fue minimizando hasta prácticamente desaparecer.

Según los datos del Plan Distrito Metropolitano:

De un total de 4796 ha, hasta 1982 un 90 % de la Zona Turubamba era tierra cultivable y únicamente 10,6 ha tenían uso urbano, mientras 483 ha estaban en proceso de consolidación. [...] Para [finales de] la década de los 80 se experimenta un cambio radical en la zona, se reduce el área agrícola a 1765 ha mientras el área en proceso de urbanización llega a ocupar el 60 % del total (Municipio de Quito 1991, 20).

Estos cambios ocurridos en los usos del suelo sureño hicieron que el espacio ampliado de la calle-barrio se fuera reduciendo en lo físico, y con ello fueron desapareciendo las actividades del grupo humano y su interacción con el espacio. Esto se reflejó en los límites del asentamiento y en los cambios de los itinerarios que señalamos a continuación.

Para la década de 1990 los límites del barrio eran: por el norte, la esquina sur del Complejo Deportivo Fundeporte y la arboleda de la exhacienda Las Cuadras; por el sur, la Escuela Abdón Calderón; por el este, las haciendas El Carmen y Ortega; y, por el oeste, la ciudadela Ibarra (ver gráfico 6).

En cuanto a los itinerarios, las opciones de educación se ampliaron gracias al transporte, y la escuela Abdón Calderón dejó de ser una trayectoria fija para los niños. La recolección de leña prácticamente se ha

suspendido con el uso de cocinas a gas. Los potreros, que se convirtieron en lotes vacíos, continúan siendo espacios de juego y esparcimiento de las familias de La Concordia. De hecho, será uno de los recuerdos que marcará la memoria de los jóvenes de la cuarta generación nacidos en esa década. A la vez, estos lotes sin ocupación facilitan la manutención de vacas y otros tipos de ganado, una vez que desaparecieron los patrones y los capataces. Lo complicado fue la aceptación de estas prácticas por parte de los nuevos habitantes urbanos, quienes reniegan del empeño rural de sus vecinos antiguos. Conflictos que se resumen en el testimonio de un migrante, Francisco Gallegos (2011, entrevista personal), quien aún se lamenta de la falta de servicios en el terreno que adquirió en la ciudadela UTAQ hace 22 años y del ambiente en el que construyó su casa:

Por la locura de tener casa compré acá, pudiendo haber comprado en otro sector. Yo me desesperaba porque no había nada, no había luz, no había canalización, los puercos dormían al lado de la casa. Todo mundo tenía puercos, tenían vacas, tenían todo. Las calles eran llenas de lodo y [...] entonces le venía a uno el despecho.

Una vez cerradas las haciendas, también se acabaron las fuentes de trabajo para varios moradores, quienes debieron buscar nuevas ocupaciones que les permitieran subsistir, generalmente en el centro y norte de la ciudad. Estas a la vez se combinaban con prácticas agrícolas que se realizaban en los antiguos terrenos de *huasipungo*, propios o ajenos. Estaban especialmente ubicados en el barrio Rumiuco y en el barrio San Antonio, así fue como se constituyó el antiguo asentamiento de *huasipungos* de la hacienda Ibarra. El sistema de partir las cosechas se mantuvo vigente en la década de 1990 entre los vecinos de La Concordia y en los antiguos asentamientos de Chillogallo. Asimismo ocurrió con la crianza de animales de granja dentro de las viviendas, no sin implicar quejas y amenazas de los nuevos vecinos de denunciarlos con la sanidad municipal, pues este sector del sur de Quito «ya no era el campo».

En cuanto a los recorridos del espacio móvil, la mayoría de estos se transformaron debido a las facilidades de vialidad y transporte que ofrece la urbanización. La venta de carne ya no se hace exclusivamente en Guamaní, pues existe demanda en el mismo sector del barrio. Los

bosques de Tilicucho van desapareciendo con la avanzada de la urbanización en la ciudadela La Ecuatoriana; mientras que los viajes a Santo Domingo se realizan por la nueva vía Aloag-Santo Domingo, quedando para el anecdotario las trayectorias de los arrieros por la antigua carretera Chiriboga-Santo Domingo de los Colorados.

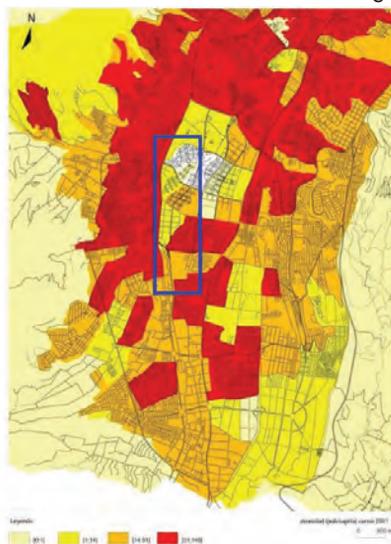
Hasta finalizar el siglo XX, las transformaciones son drásticas en el lado occidental, como lo vemos en el gráfico 6. En los primeros años del siglo XXI iniciarán las transformaciones fuertes del lado oriental que generarán otra serie de impactos en la dinámica espacial del asentamiento; esto debido a que el PCQ, cuya implementación se había iniciado en 1991, se hace extensivo en la primera década de 2000 aunque no se concretan todos los aspectos que se habían proyectado.²⁸ Hasta entonces, el muro de ladrillo de la hacienda El Carmen marcaba la vista del paisaje de La Concordia por el lado oriental; mientras, a nivel de los hitos del espacio barrial, habían desaparecido las lavanderías públicas, la Plazuela (transformada en la Liga Barrial La Concordia) y las fuentes de agua de quebradas y acequias se habían contaminado y secado, respectivamente.

En 2001 se inaugura la Administración Zonal Quitumbe en la casa y terrenos de la exhacienda La Balbina, a cuyas instalaciones sus primeros funcionarios debían acceder atravesando un camino lastrado y un pequeño bosque. Para 2003, se derrumbará y reubicará el muro de la hacienda El Carmen aproximadamente 200 metros al oriente. En ese espacio se iniciará la construcción de la nueva avenida Mariscal Sucre (norte-sur de ocho carriles). Al nororiente también se trazan e inician las futuras avenidas Quitumbe Ñan (norte-sur de ocho carriles) y Cóndor Ñan (este-oeste de cuatro). A la par se hará visible la construcción de los programas de vivienda establecidos en el PCQ de 1989, que se planearon con apoyo del Banco Ecuatoriano de la Vivienda y de la Junta Nacional de la Vivienda. Para 2008 se inaugurará el Terminal Terrestre de Quitumbe y sus nuevas vías de acceso, con lo que La Concordia queda fuera del circuito de la tradicional avenida Mariscal.

28 Por ejemplo, el plan contemplaba un centro zonal en Guamaní y una serie de centros sectoriales que atendieran las necesidades de los barrios, entre otros aspectos de desarrollo social y urbano.

La morfología que el asentamiento había conservado por más de 125 años se transformó y se convirtió en el fragmento de una calle sin nombre que ante la falta de mantenimiento se llenará de huecos. «Una calle fantasma», como señala la vecina Blanca Inaquiza Quishpe (2011, entrevista personal). Finalmente, para nuestro período de estudio, en 2010 se inaugura el centro comercial Quicentro Sur y el paisaje urbano ya no deja rastro de los otrora potreros. En los esquemas 3 y 4 visibilizaremos la densificación poblacional del sur y de los alrededores de La Concordia entre 2001 y 2010, para luego revisar los cambios en los itinerarios y límites.

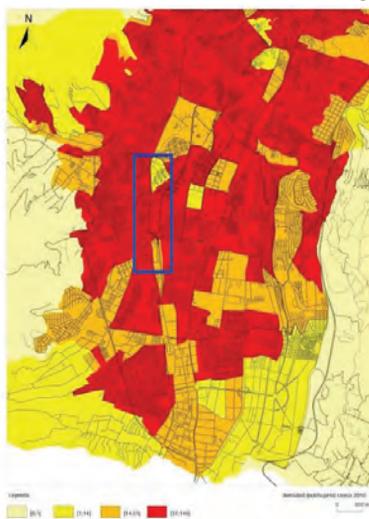
Esquema 3.
Densidad poblacional por hectárea, sur de Quito, 2001
Territorio de La Concordia dentro del rectángulo azul



Fuente: Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda, Municipio de Quito
Elaboración: José Tupiza

A 2010, los puntos de referencia de los límites de La Concordia son los siguientes: norte, la parada El Carmen del Metrobus-Q Sur Occidental; sur, las canchas de la Liga Barrial La Concordia (en los alrededores de la antigua Plazuela); este, la nueva avenida Mariscal Sucre; y, oeste, el barrio Primicias de la Cultura de Quito.

Esquema 4.
Densidad poblacional por hectárea, sur de Quito, 2010
Territorio de La Concordia dentro del rectángulo azul



Fuente: Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda, Municipio de Quito
Elaboración: José Tupiza

Estos sitios fueron ratificados como límites del barrio por el 98 % de los 48 informantes, quienes fueron entrevistados en agosto de 2011. Sin embargo, estos límites, y el barrio en sí mismo, no son reconocidos por las autoridades municipales. Lo cual se ilustra al revisar la división administrativa municipal y la percepción de los funcionarios de Quitumbe respecto a La Concordia.

En 2001, con la creación de la Administración Zonal Quitumbe, el territorio de la antigua Zona Turubamba se dividió en cinco nuevas parroquias: La Ecuatoriana, Turubamba, Guamaní, Chillogallo y Quitumbe. La calle-barrio nuevamente fue dividida entre dos de ellas; oriente, Quitumbe, y occidente, La Ecuatoriana. Por otro lado, el asentamiento no es reconocido como un barrio, pues desde 1989 se establecieron una serie de normativas para la legalización de barrios y regularización del uso de terrenos,²⁹ a las cuales no se acogió el tradicional

29 «En el año 1989 (Mena, 2010) se implementa un proceso de regularización, aunque es el año 2001 cuando empieza un proceso notable, que se fortalece significativa-

comité barrial de La Concordia # 1, fundamentalmente, porque los servicios básicos habían sido satisfechos, a lo que se añade el contexto de conflictos y desacuerdos entre los moradores que desde sus orígenes rodearon al comité y que se agravaron entre 1980 y 1990. La transformación en el acceso a educación y a fuentes económicas que vivió la tercera generación, ante el fin de la hacienda, contribuyeron al cisma entre los dos grupos de habitantes, entre los que existieron roces y diferencias de tipo económico y discriminatorio desde los orígenes del asentamiento. Estas discrepancias se vinculaban con la pertenencia o no al sistema de hacienda. El cierre de los fundos rompió con la simbiosis de trabajo que existió entre los miembros de la segunda generación, y para 1980 no se contó con un líder orgánico, como Miguel Regalado, que lograra aunar a los habitantes como un colectivo con intereses comunes. De esta manera, el barrio dejó de operar administrativamente ante el gobierno local y se sumió en un largo letargo, como califican las funcionarias municipales Kety Vera y Wilma Pillajo (2010, entrevista personal) al cese de funciones del comité barrial. Ellas describen su percepción sobre la situación del barrio de la siguiente manera:

No está constituido el barrio con los requisitos de barrio y no se van a constituir porque tienen escrituras y servicios. Todos los moradores de La Concordia tienen escrituras en derechos y acciones porque antes eran macro lotes, las divisiones individuales ya es interno. En el imaginario de ellos esto es La Concordia, en el hecho cotidiano está ahí, pero en la regularidad de papeles no existe. Ese es el lío.

Es por ello que para el siglo XXI, los límites e hitos del espacio se constituyen en elementos inteligibles únicamente para sus miembros pero básicamente para los descendientes de pobladores antiguos, quienes reciben la memoria familiar del espacio. Para quienes arribaron al lugar en 1980, su recuerdo será otro, aún vinculado a los lotes vacíos y

mente en el año 2010». En 2001 se crea la Unidad de Suelo y Vivienda (USV) de la Dirección Metropolitana de Territorio y Vivienda. En 2007 se crea el Centro de Mediación y Negociación del DMQ. En 2008 se dan algunos pasos a nivel nacional, con la nueva constitución del Ecuador, dotando a los municipios de toda la facultad para ejercer el control territorial y prohibiendo todo tipo de prácticas especulativas. En marzo del 2010, se crea la Unidad Especial Regula tu Barrio (Cueva 2011, 2), que aún se mantiene vigente.

verdes pero no a la hacienda, ni a sus dones o perjuicios. Las vivencias de cinco generaciones ocupando el asentamiento generarán un arraigo particular, vinculado directamente con el paisaje y su transformación, como hemos descrito en este apartado.

Así, para 2011 los itinerarios de los habitantes se transforman aún más. Los lotes vacíos prácticamente no existen ante la densificación poblacional, con lo que las actividades de esparcimiento en los alrededores ya no son posibles. La siembra y la crianza de animales quedan también prácticamente agotadas. El único sitio que se mantiene para estos propósitos es el barrio de San Antonio. La matanza de reses y la venta de carne se dejan de realizar. Finalmente, la Liga Barrial La Concordia, además del nombre, no guarda ni genera una relación con todos los moradores. Esta es apropiada por algunos habitantes antiguos y especialmente por moradores de las urbanizaciones ubicadas en la antigua hacienda Ibarra.

Entonces, a la vez que La Concordia es un lugar vacío para el ojo externo, para sus moradores es un lugar, en el sentido antropológico que propone Marc Augé (2000, 58), como principio de sentido para aquellos que lo habitan y como sentido de inteligibilidad para aquel que lo observa.

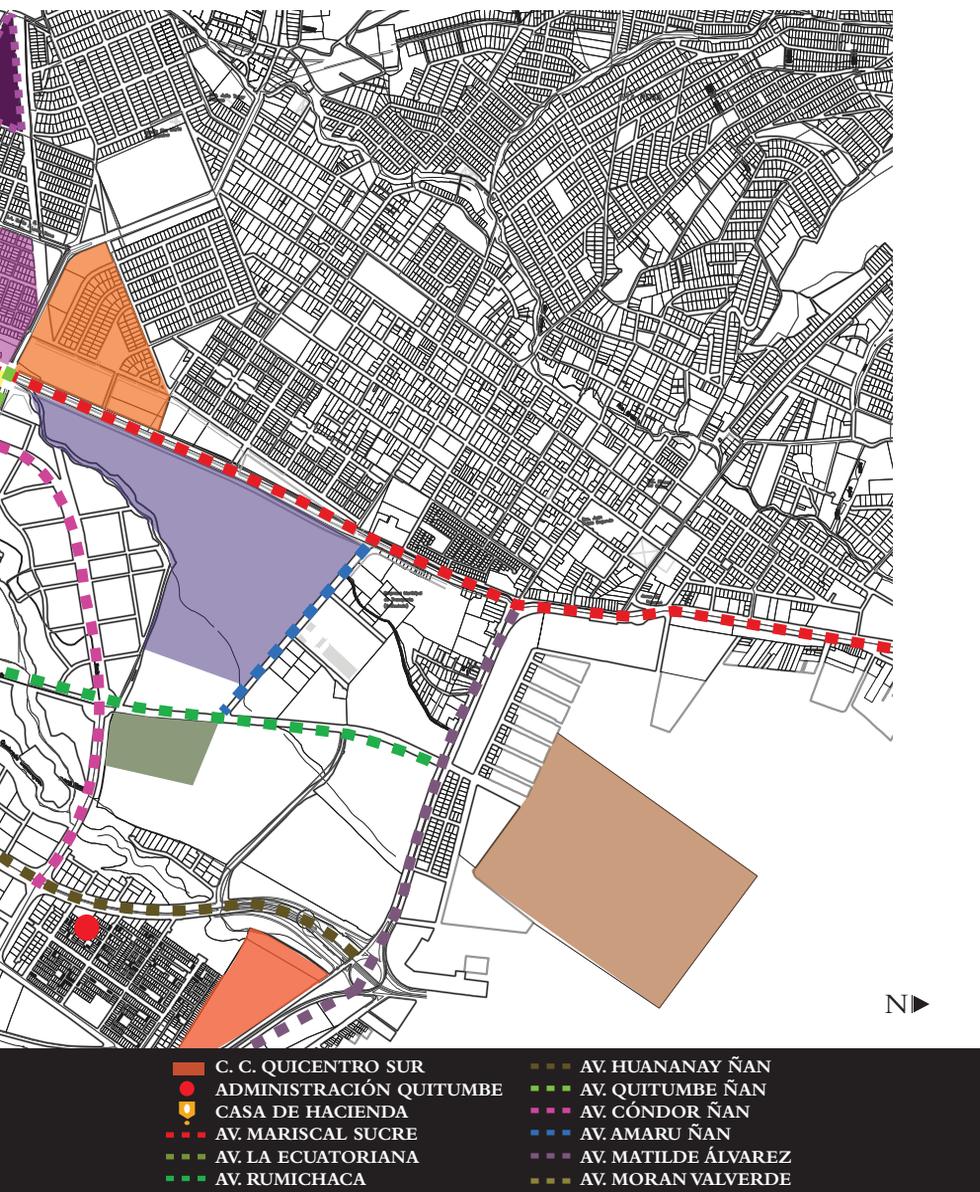
Solamente los moradores viven la dimensión espacial de la calle-barrio desde la significación que le han otorgado durante décadas de habitación, por la cual identifican a este espacio como su barrio, con sus límites, historia y actores concretos. Precisamente los lugares antropológicos se caracterizan por ser identificatorios, relacionales e históricos (Augé 2000, 58-61), características del asentamiento que creemos haber anotado a lo largo del capítulo.

Por el contrario, los no lugares no cuentan con las tres características del lugar antropológico y no integran a los lugares antiguos, clasificados en la categoría de «lugares de memoria» (83). Finalizamos el capítulo contrastando la situación de La Concordia frente al nuevo terminal de Quitumbe, en cuanto al sentido de apropiación y a la vinculación del espacio.

Gráfico 7.
Espacio ampliado y móvil de La Concordia, 2012



Fuente: Instituto Geográfico Militar, fotografía satelital
Elaboración: Andrés Felipe Trávez



A lo largo de los planes y otros documentos municipales, de manera general hemos encontrado datos de crecimiento de la zona urbana y de su densificación poblacional que reflejan una preocupación por organizar la ciudad; pero no hemos ubicado un análisis sobre los efectos que los cambios de los usos del suelo producen en asentamientos antiguos y particularmente en sus identidades sociales, que en 1990 el estudio de la estructura urbana de Quito definió como: «núcleos sociales de diverso origen [...] que han definido el rol y carácter de las ciudades, [...] cuya manifestación más expresiva a nivel de Quito son los barrios, comunas y parroquias» (Páliz 1994, 110).

Estamos acostumbrados a pensar que en el cambio de uso del suelo de urbano a rural es usual que desaparezcan las viejas costumbres relacionadas con el espacio. Cuando se habla de los efectos en un asentamiento al que le atraviesa la ciudad, es usual escuchar frases como «es lo que ha pasado en todo Quito». Esto puede ser asumido como un camino inexorable hacia la pérdida de los baluartes de la memoria y la identidad vinculadas con el espacio. Mas esta investigación pretende mostrar la importancia de explorar estos factores en las poblaciones urbanizadas, especialmente durante la transición campo-ciudad, pues pueden existir, como en nuestro caso de estudio, fuertes factores de arraigo en los imaginarios o memorias personales que constituyen parte del patrimonio inmaterial de la ciudad y que pueden estar escondidos para nuestros ojos de observadores externos.

No se trata de mantener una visión nostálgica y de detener todo cambio espacial en el territorio, como si pretendiéramos encerrarnos en un pasado que fue mejor, sino de establecer un trabajo integral de los espacios urbanos desde lo técnico y lo social. Se trata de contribuir a la generación de políticas públicas y a la planificación para dar vida al espacio urbanizado, buscando el establecimiento de espacios vivos. Es decir, paisajes constituidos por infraestructura que están vinculados con las poblaciones y con sus realidades.

Los lugares no pueden tener condición de tales si no se vincula en ellos a la comunidad y si no se exploran los factores históricos, identitarios o los imaginarios generados alrededor del espacio. Elementos sin los que no se pueden generar vínculos sociales con la ciudad.

Una obra de infraestructura urbana como el terminal de Quitumbe puede ser considerada, desde la arquitectura o el urbanismo, como un

factor de renovación urbana; sin embargo, este no se vinculó económica ni socialmente a los moradores de La Concordia. Los puestos de venta, así como las actividades de transporte, se trasladaron desde el antiguo terminal Cumandá, sin participación alguna de los moradores de la calle-barrio. Sin embargo, el impacto es directo para ellos.

El 98 % de los entrevistados reportan la inseguridad como una problemática recurrente desde el arribo del terminal terrestre. A pesar de ser una obra de infraestructura de importante envergadura, se convirtió para los habitantes en un no lugar y en un foco de inseguridad, desintegración social (desconocimiento entre vecinos y nuevos pobladores, principalmente comerciantes) y en el motivo del abandono de la infraestructura principal del barrio: la calle.

El terminal de buses es un no lugar clásico, «que desalienta cualquier idea de permanencia, imposibilitando la colonización o domesticación del espacio» (Bauman 2000, 110). Este tipo de espacios por sí solos no constituyen un factor de cambio o beneficio en cuanto a la vinculación social,³⁰ sino que deben ser movidos por la interacción humana y sobre todo por los valores de significación que esta le otorgue al paisaje para convertirlo en un lugar vivo, es decir, un espacio del que se apropian las personas y al que le dan vida mediante su acción colectiva.

30 No ponemos en duda la importancia de esta infraestructura, especialmente en cuanto a las facilidades de movilidad para los habitantes pues los conecta con los tres corredores principales de la ciudad: Trolébus, Corredor Occidental y Corredor Oriental. Sin embargo, tratamos de apuntar los efectos negativos que el avance de la urbe ha generado en su composición social y en su patrimonio inmaterial.

CAPÍTULO SEGUNDO

MEMORIA, IMAGINARIO E IDENTIDAD: DEL RECUERDO DEL ESPACIO A LOS SENTIDOS DE PERTENENCIA

En este capítulo analizaremos los efectos de la urbanización en la identidad de los habitantes de La Concordia # 1, tomando como punto central lo que las personas recuerdan de su experiencia de vida en este barrio.

Al iniciar esta investigación, escogimos darle un papel protagónico a las fuentes orales con el fin de explorar el pasado de una calle que se reclama barrio, desde lo particular y lo subjetivo. De esta manera nos acercamos a la experiencia de seres humanos que tradicionalmente no fueron incluidos en el relato histórico de la ciudad o en el de su planificación urbana por parte de quienes la han narrado y estudiado.

Por ello, elegimos como metodología a la historia oral que se enmarca en lo que se denominan «actos de memoria» (Bustos 2010, 10-9). Siguiendo esta propuesta metodológica, se ordenó y clasificó el material oral mediante la redacción de cronologías e índices que nos permitieron leer el orden secuencial de los episodios recogidos en los testimonios. A partir de ello se analizó la evolución del espacio físico y se elaboró cartografías en el primer capítulo. Este fue complementado con la búsqueda de fuentes documentales y con la valoración de

fuentes monumentales (construcciones, fotografías, vestigios naturales) que apreciaremos en este segundo capítulo.

Sin embargo, el trabajar con testimonios³¹ representa una serie de condiciones y supuestos que hacemos explícitos. En este estudio, la memoria como el esfuerzo de las personas por recordar (Ricoeur 2010) se provocó mediante el recurso de la entrevista, por lo que la memoria recopilada es doblemente subjetiva. Por un lado, está el interés de la investigadora al preguntar, y por otro, la selectividad de la respuesta de los entrevistados. Esa selectividad de la memoria que la hace preocuparse por el presente, convierte a las fuentes orales en un recurso favorable para tratar temas de identidad, imágenes, representaciones y sentidos de pertenencia (Archila 1991, 34), factores que se exploran en las siguientes páginas.

Este capítulo se ha dividido en dos segmentos. En el primero se hace una reconstrucción de la memoria oral y visual de la calle-barrio durante la segunda mitad del siglo XX. Si bien en el primer capítulo expusimos de qué manera se conformó el espacio de la calle y sus alrededores, basándonos en cómo este se recuerda, en este apartado buscamos introducirnos en la calle, desde lo cercano y desde la intimidad del archivo fotográfico familiar, principal fuente de las imágenes que pudimos recopilar gracias a la generosidad de varios vecinos. De esta manera conoceremos a algunas de las familias más antiguas, recordadas por nuestros informantes.

En el segundo segmento expondremos cómo este grupo humano se vinculó con el territorio y cómo se produjo un «habitar enraizado» (Lindón 2006, 13) que se expresa en los sentidos de pertenencia, mismos que definen principalmente —aunque no exclusivamente— la identidad de los habitantes. Analizaremos los sentidos de pertenencia enfocándonos en dos aspectos: 1. el arraigo familiar que da continuidad a la ocupación a lo largo de cinco generaciones, y 2. las percepciones sobre la transformación del paisaje producida por la urbanización.

RECORRIDO POR LA MEMORIA ORAL Y VISUAL DE LA CONCORDIA # 1

El paisaje es entendido como el plano físico del espacio, al que los grupos humanos le atribuyen determinados valores que le dan

31 Estos se enmarcan en la categoría de actos memoria (Bustos 2010, 12).

significación (Santos 2000, 86). Este último aspecto ha sido el objeto de estudio de la geografía cultural, rama de las ciencias sociales caracterizada por asumir el espacio como un todo integrado por la naturaleza y la actividad de los grupos sociales (Fernández 2006, 220). Este interés, originado en el romanticismo alemán, apela a la exploración de la experiencia humana en su vinculación emotiva con la materia que le rodea, y a la que configuramos a lo largo de nuestra existencia. Esta visión del entorno enmarca el enfoque de este apartado y nos parece útil para reflexionar sobre el paso entre el aspecto físico del espacio y el de su significación. Esto precisamente sería lo que caracteriza al territorio, entendiéndolo como: «el espacio apropiado y valorizado —simbólica y/o instrumentalmente— por los grupos humanos» (Raffestein citado en Giménez 2000, 90).

Esa apropiación puede ser instrumental-funcional o simbólico-expresiva siguiendo a Gilberto Giménez (2000, 93), «en términos pragmáticos —económicos, sociales, políticos— o como operaciones simbólicas. Lo que hace que el territorio a la vez que es una circunscripción político-administrativa pueda ser paisaje, como belleza natural o como objeto de apego afectivo, como tierra natal y como lugar de inscripción de un pasado y una memoria colectiva».

Por ello, la unidad básica de estudio de la geografía cultural es el paisaje. Coincidiendo con esto, Germán Ferro (2009, 34) propone dejar hablar a las huellas de la memoria en el espacio. Siguiendo su categoría de paisaje cultural como «una construcción conceptual intermedia entre el paisaje construido por la mirada y el territorio apropiado por los símbolos y significados de cada sociedad», proponemos un recorrido por La Concordia # 1, que se narra con texto e imágenes.

Nuestros informantes más antiguos nacieron en la calle-barrio entre las décadas de 1930 y 1960, por lo que sus recuerdos se remontan a la segunda mitad del siglo XX. En sus memorias individuales hemos encontrado líneas de confluencia, con las cuales reconstruimos los personajes e hitos del espacio. Por supuesto, no apelamos a la fidelidad del recuerdo sino a la idea de que el testimonio «desprende de la huella vivida un vestigio de ese rastro, y ese vestigio es la declaración de que aquello existió» (Bustos 2010, 12).

Los testimonios se complementan con fotografías que corresponden al período comprendido entre las décadas de 1970 y 2015. Así, este

recorrido de la calle es una especie de mosaico compuesto de voces e imágenes, en el que se sobreponen períodos temporales distintos.

Dado que el objetivo no es en rigor una reconstrucción histórica, apelamos a adentrarnos en el espacio vivo de La Concordia # 1 basándonos en los recuerdos propios y de los habitantes entrevistados, así como en el trabajo etnográfico, elementos que permiten apreciar el «territorio diferencial» (Silva 2000) que habitan los moradores de la calle-barrio.

Caminando por La Concordia, repararemos en las huellas del tiempo que nos hablan desde sus vestigios naturales, constructivos y simbólicos. Vemos rastros de la hacienda, de las viviendas construidas en los primeros años del barrio y de los arreglos, ajustes y adecuaciones que se realizaron en las últimas décadas del siglo XX. Se puede decir que el barrio es un palimpsesto y, como decía el poeta quiteño Ulises Estrella (2000), usando el mismo término para referirse a Quito, esa es su ventaja y su dificultad.

La forma del barrio coincide con la expansión longitudinal de la ciudad. En una vista panorámica desde el norte, La Concordia # 1 es una especie de calle en media luna. A su lado oriental se erige el flamante complejo urbanístico de Quitumbe con su terminal, avenidas de seis y ocho carriles, conjuntos habitacionales de hasta cinco pisos y a pocos minutos el centro comercial Quicentro Sur; mientras que a su lado occidental se ve cómo las casas se extienden casi hasta las faldas del Atacazo.

Desde el lado norte, la vereda occidental del barrio inicia con el hotel Gran Quitumbe de cinco pisos, donde en 1950 habríamos saludado a la familia Ramírez, reconocida principalmente porque Reinaldo Ramírez trabajaba en la hacienda Las Cuadras. Siguiendo este lado de la calle, habríamos encontrado al maestro Miguel Regalado, quizá saliendo de su casa hacia el centro de la ciudad para atender una de las construcciones para las que era contratado como albañil, o quizá lo veríamos en medio de la lluvia dirigiéndose a las viviendas de los vecinos para convocar a una minga. El agua, la luz, el camino eran sus consignas como fundador del comité barrial, por las que pasaba de casa en casa, saludando y convocando.

Foto 1.

Circa 1988. Vecinas Wilma, Yolanda y Tránsito en el extremo norte de La Concordia



Fuente: archivo familiar de La Concordia

Foto 2.

Extremo norte de La Concordia en el año 2011



Fuente: Galo Paguay

Muy cerca estaban los terrenos de la familia Vinueza-Vega, numerosa y conocida por haber sido de las primeras en comprar esas franjas de terreno al Municipio. Algunos de sus hijos, nietos y bisnietos aún

viven en la calle-barrio, aunque ya no son tantos como los que vivían a mediados del siglo XX (Regalado 2011, entrevista personal).

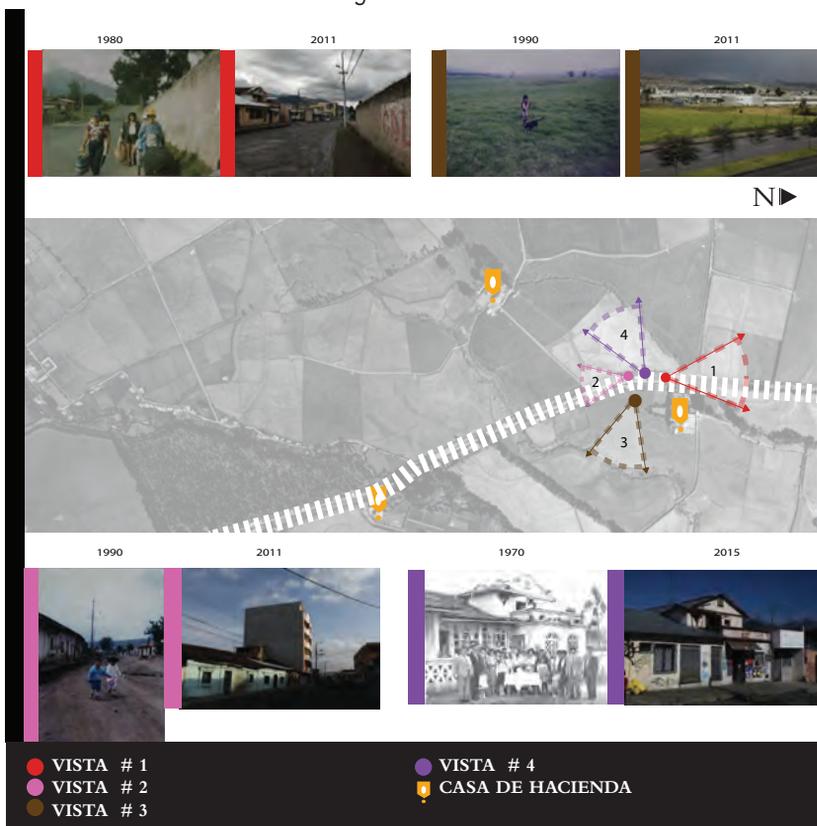
Volviendo la mirada a la vereda de al frente, encontraríamos la casa de la hacienda El Carmen como el límite nororiental de La Concordia # 1. Su muro de ladrillo bloqueaba la vista hacia sus potreros verdes. Quienes crecimos frente a él en la vereda occidental, recordamos tener que buscar un punto alto, como el árbol de capulí de la casa, para apreciar sus extensos pastizales, sus vacas y, al fondo, las montañas donde hoy se asientan barrios como Pueblo Unido.

Tras el trecho del cerco de ladrillo, la primera casa del lado oriental era la de Ángel Quishpe y Manuela Cantuña, mujer originaria del barrio La Raya (sur de Quito). Si la imagináramos a partir de los relatos de quienes la conocieron 65 años atrás, la veríamos cocinando el mote que le compraban los vecinos. En estos terrenos se encuentran las propiedades de sus hijos y nietos, excepto tres. Dos fueron vendidas por sus hijos a la hacienda El Carmen y la última, la que heredó a su hija Consuelo Quishpe, es ahora el hotel Las Orquídeas.

Estamos a menos de la mitad de La Concordia # 1. Es el primer tramo de este recorrido, que complementamos con el gráfico 8 (siguiente página), en el que se aprecia la calle en algunas fotografías antiguas y modernas.

En la actualidad, el Gran Hotel Quitumbe se levanta sobre los terrenos de la familia Ramírez. El hospedaje de cinco pisos es signo de la presencia del Terminal Terrestre, que empezó a funcionar en 2008 en los terrenos de la hacienda El Carmen. Al finalizar la construcción de esta estación de buses, se implementó una avenida de seis carriles que ahora separa hacienda y barrio-calle. Debido a la fractura de la hacienda para construir la avenida, las veredas oriental y occidental ya no son simétricas. La calle-barrio se redujo; mientras que en la vereda occidental ya se cuentan nueve construcciones, incluido el hotel, la casa de los herederos de Miguel Regalado y la casa de la familia Robayo-Paguay, en la vereda oriental apenas se aprecia un fragmento del muro de ladrillo de la hacienda.

Gráfico 8.
Memoria visual del fragmento norte de La Concordia # 1



Fuente: Fotografías de archivos familiares de La Concordia
Elaboración: Andrés Felipe Trávez

Continuamos el recorrido, donde sobreviven algunas casas de adobe con techos de teja, junto a nuevas construcciones de dos y tres pisos. En 1997, al lado de las propiedades de las herederas de Manuela Cantuña aún habríamos visto la casa en la que vivía la familia formada por Ramiro Manotoa y Targelia Muyolema, peones de la hacienda El Carmen. Ellos han dejado su rastro en la memoria especialmente porque vendían leche pura de vaca a varios moradores de la calle. Junto a ellos, encontramos a la familia de Alejandro Caizatoa e Inés Quishpe y,

siguiendo, la casa de Consuelo Quishpe, la primera, nieta y la segunda, hija de Manuela Cantuña.

Por el lado occidental, tendríamos las casas de los hijos y nietos de la familia Vinuesa-Pancho, seguidos de la casa de Gustavo Cárdenas y Magdalena Cobo, en cuya propiedad se podía comprar carne de res recién faenada. Cerca de ellos, la familia de Rafael Mallitaxi y Enma Taco, trabajadores de la hacienda Las Cuadras, y para finalizar este segundo tramo, la casa de José Tipán Sanguano y Petrona Díaz Quishpe, peones de la hacienda Ibarra. Como capataz del fundo, una tarea importante de José era cuidar el portón de entrada a la hacienda. Su vivienda de barro estaba escoltada por una tupida arboleda que conducía a la casa del fundo. Esta es una de las huellas de memoria en el paisaje que nos habría hablado en 1990, como lo hace aún hoy manteniéndose en pie. Las vacas de esta familia descansaban en el patio y atemorizaban a los niños que acudían a la tienda que se instaló en esta casita, a la que muchos conocíamos como «La Esquina».

Foto 3.

Circa 1970. María Tipán en la arboleda de entrada a la hacienda Ibarra



Fuente: archivo familiar de La Concordia

Foto 4.

La vía de acceso a la iglesia San Antonio de Padua en 2015



Fuente: Galo Paguay

Para la década de 2000, esta esquina en la vereda occidental era la parada de más de cinco líneas de buses. Estudiantes, trabajadores y moradores de los alrededores tomaban aquí el transporte hacia el norte y sur de la ciudad. Particularmente al medio día, «La esquina» estaba atiborrada de estudiantes de la Unidad Educativa María Magdalena. Esta institución educativa de cuatro pisos se inició como el jardín de infantes que recibía a jóvenes que hoy tienen 21 años. La otrora casa de la familia Cárdenas-Coba se fue transformado poco a poco en este centro de educación básica y media, que hoy rompe el paisaje de La Concordia # 1, como también lo hace el Hotel Las Orquídeas.

Foto 5.

Circa 1970. María Tipán en la arboleda de entrada a la hacienda Ibarra



Fuente: archivo familiar de La Concordia

Foto 6.

La vía de acceso a la iglesia San Antonio de Padua en 2015



Fuente: Galo Paguay

El hospedaje es seguido por otro fragmento del muro de ladrillo que aún se mantiene, aunque cortado, pues una parte fue derribada para abrir un paso peatonal hacia la nueva avenida Mariscal Sucre, lugar por el que circulan en la actualidad los buses. «La esquina» ha quedado

prácticamente desolada y de la arboleda apenas queda un par de especímenes. El adoquín reemplazó el empedrado y decenas de casas ahora son el camino hacia la iglesia San Antonio de Padua que se alza en el sector donde estaba ubicada la casa de la hacienda Ibarra, también conocida como San Antonio.³² En el gráfico 9 (vistas 1 y 2) se puede apreciar la memoria gráfica de este tramo hacia los años 1970 y luego en los años 2011 y 2015.

Gráfico 9.
Memoria visual del fragmento sur de La Concordia # 1



Fuente: Fotografías antiguas de archivos familiares de La Concordia. Fotos actualizadas de Galo Paguay

Elaboración: Andrés Felipe Trávez

32 En los gráficos del primer capítulo se puede apreciar la ubicación de las casas de hacienda, de la iglesia y de otros puntos de referencia aquí mencionados.

Seguimos caminando y ya estamos a la mitad del trayecto. Una serie de casas de una sola planta con techos de teja nos habrían escoltado hacia 1960. Sabemos que en este sector habitó el matrimonio conformado por Lucila Espín y Abelardo Sosa, reconocido mayordomo de la hacienda Ibarra. Su esposa fue conocida especialmente por quienes recibieron de ella el catecismo y cierta educación religiosa, por lo que la recuerdan como mamita Lucila.

En este tramo era también conocida la vertiente de agua que corría dentro de los terrenos de José Díaz Quishpe y Ramona López. Ella es particularmente recordada porque la visitaban las vecinas que acudían a llevar agua y a lavar la ropa. Hacia mediados de 1950 esta fuente estaba llena del líquido vital, al igual que la acequia de la hacienda Ibarra que corría justo atrás de la franja occidental de terrenos que conformaron La Concordia # 1. Con la venta del fundo, se entubó la acequia, las casas dejaron de inundarse pero también se secó la vertiente. Hoy apenas corre un hilo de agua contaminada en esta propiedad que José vendió a su hermana Lucrecia.

Frente a la vertiente se abrió una calle que conecta la calle-barrio con el lado suroccidental del terminal terrestre de Quitumbe y en cuya esquina se instaló una gasolinera con dos estaciones que pueden atender hasta doce vehículos al mismo tiempo. Aquí nos paramos para ver hacia arriba y hacia abajo. Las casas de adobe con techos de zinc y fibrocemento hablan de habitantes antiguos que han ido acoplado su morada con materiales modernos. En lugar del derrocamiento y la construcción de una vivienda de concreto, los vecinos han optado por hacer una mixtura de estructuras antiguas con nuevas. Atiborradas, unas; poco uniformes, otras, las viviendas dejan ver sus procesos de ensanchamiento para acoplarse a la densificación poblacional.

Los techos de teja que han sido retirados dejaron al descubierto los bloques de tierra sin enlucir, las telarañas y las marcas de la lluvia. Los rellenos hechos con bloque y la pintura de esmalte sobre los muros no pueden esconder el tiempo que ha pasado sobre esas moradas. Construcciones de cemento, detrás, delante o encima de lo que fueron casas hechas con bloques de tierra, dibujan un escenario dispar.

Los terrenos de la familia Sosa-Espín son ahora la residencia de la señora Laura Coba Muñoz. Ella, como su hermana Magdalena Coba (†), son herederas de Luis Coba y Anita Muñoz, antiguos habitantes de

este tercer tramo de nuestro recorrido. Sus hijos y nietos viven en La Concordia # 1 o en sus alrededores. Al igual que las hijas y nietos de Yolanda Inaquiza Quishpe (†), quien fuera nieta de Manuela Cantuña y cuya casa se encontrara en este sector. Una referencia más de la red familiar sobre la que se asienta la memoria e identidad de los moradores, estrechamente vinculadas con este territorio.

Foto 7.

Vista sur de La Concordia, circa 1970



Fuente: archivo familiar de La Concordia

Foto 8.

Vista sur de La Concordia para 2015



Fuente: Galo Paguay

En el gráfico 9 (vistas 3 y 4) podemos apreciar más detalles de la memoria visual de los dos momentos del tercer tramo del recorrido.

Continuando por la vereda occidental hacia el sur de la vertiente, vemos varias casas de tres y cuatro pisos con estrechos frentes de tres y cuatro metros donde habitan herederos de la familia Caizatoa.

La sensación de apretujamiento es insalvable. Pollos, gallinas y conejos corretean en algunas viviendas y unas pocas vacas pastan muy cerca del extremo sur del terminal de buses, frente a la última casa de La Concordia, la de doña Olimpia Regalado. Ella es la propietaria de las vacas que nos recuerdan que estos habitantes no han podido abandonar las prácticas del campo aunque les haya invadido la ciudad.

Al finalizar la calle, con vista hacia el norte, también vemos la casa de adobe donde funcionó una tienda que hacia 1990 alquilaba el teléfono a quienes no contaban con el servicio. Cerca a esta se encuentran las canchas de la Liga Deportiva Barrial La Concordia y al frente permanece la antigua casa de Mariana Parra, que hoy es habitada por la familia de su hijo Gorky Vinueza Parra.

A pocos pasos, está una gran casa vieja de teja con varios ventanales que perteneció a Miguel Jiménez y a su padre José Antonio. Tocayo del fundador del barrio, Jiménez fue amigo y compañero de Miguel Regalado en la tarea de unificar a los moradores de esta calle para convertirla en «un barrio de progreso». Su casa es el recuerdo del estilo de vida de los primeros habitantes de este barrio, especialmente de los más reconocidos.

Mirando el pavimento lleno de huecos y rajaduras, apenas se puede creer que esta calle algún día fue una avenida principal, aquella por la que circulaban al menos cinco líneas de buses urbanos y hasta de transporte interprovincial cuando buscaban una ruta alterna para llegar a la Panamericana Sur. Situación que se acabó con el arribo del terminal y la construcción de nuevas avenidas.

Antes de esto, mucho antes del arribo de las instalaciones modernas que transformaron el paisaje y la cotidianidad de La Concordia, este barrio era más que la calle que dividía las haciendas El Carmen y Ortega (oriente) de la hacienda Ibarra (occidente). Era el lugar en el que una generación de hombres y mujeres, como tantos otros en la ciudad, sembró sus esperanzas en el trabajo arduo. Fueron ellos quienes iniciaron núcleos y tejidos familiares que han perdurado en esta calle-barrio por cinco generaciones, a la que se sumaron nuevos habitantes desde 1980. Una

minoría fueron familias nuevas que conocieron la dinámica aún rural del asentamiento, mientras que la mayoría de nuevos habitantes fueron personas que engrosaron los núcleos familiares antiguos, al contraer matrimonio con hijos y nietos de la segunda, tercera y cuarta generación.

Este recorrido muestra no solo cómo ha cambiado el paisaje, sino cómo el paisaje urbano alberga el arraigo de un grupo de personas, que es lo que da vida al espacio. Tratamos de apreciar la manera en que esta calle, corriente como tantas otras, condensa experiencias concretas de ciudad.

Leyendo los elementos de la calle, descritos en esta narración, como huellas de la memoria que son fuentes de conocimiento (Ferro 2009), podemos apreciar el palimpsesto en las viejas casas de barro con techos de teja (zinc o fibrocemento) y en los nuevos edificios (hoteles, unidad educativa, restaurantes populares, gasolinera, mecánicas y lubricadoras de autos). Este palimpsesto se reinscribe en el presente, siguiendo a Ferro, y expresa la disputa entre la historia rural y la realidad contemporánea. Estas marcadas diferencias arquitectónicas muestran el contraste entre La Concordia residencial y La Concordia comercial, que empieza a aparecer en los alrededores a la entrada suroccidental del terminal. Se reflejan los conflictos urbanos que enfrenta el asentamiento debido a los cambios ocurridos en pocas décadas. A saber: inseguridad, contaminación y cambios drásticos del uso del suelo.

Si por un lado existe un «habitar enraizado» que se puede comprender explorando el «territorio diferencial» de estos habitantes, por otro lado, ese territorio no puede ser incorporado en los flujos urbanos de un plumazo. Perviven los modos de habitar que chocan con los nuevos vecinos y con las nuevas actividades económicas. Estas vivencias cotidianas conforman el croquis de los habitantes, que es diferente al mapa como representación del territorio nacional. Mientras los mapas están constituidos por un simulacro icónico visual de lo que hay en el espacio, el croquis es una autorrepresentación del espacio vivido y marcado (Silva 2000, 60).

Retomando nuevamente la categoría de paisaje cultural, como fuentes de conocimiento que se reinscriben en el presente mediante símbolos y significados (Ferro 2009), podemos ver en paralelo tres miradas de la calle. El ojo externo verá las huellas de memoria en el espacio de La Concordia como un escenario dispar, desordenado y, quizá, poco

interesante. La mirada intermedia, entre la experiencia vital y académica, nos permite apreciar el mapeo de cambios físicos y relacionales para los habitantes antiguos. Mientras que desde los afectos y sentires, las huellas del paisaje nos ofrecen una red de lugares de significación (casas, esquinas, terrenos) sobre las que se asienta el vínculo afectivo.

Por eso «los croquis hechos por ciudadanos reemplazan a los mapas físicos» (Aguirre, Carrión y Kingman 2005, 24). En este caso, recuperamos el croquis del habitante La Concordia para resignificar el mapa de la ciudad en el que el barrio teóricamente no existía.³³

SENTIDOS DE PERTENENCIA

El ocupar un espacio determinado de la ciudad no implica que las relaciones que desarrollemos con el paisaje sean iguales. Existen diversas maneras de vincularse con el territorio, por lo que se dice que existen diversas territorialidades (Lindón 2006, 14).

En esta investigación nos enmarcamos en la territorialidad desde la experiencia de personas que vivieron la transición del campo a la ciudad, particularmente, a una urbe que los incorporó de manera acelerada. De modo que el pasado rural y el presente urbano son a veces parte de un mismo recuerdo reciente.

Durante la búsqueda de la memoria de La Concordia # 1 se tendieron hilos hacia otros sectores cercanos. En algunos de ellos se constituían redes de relaciones familiares, formando nudos al entrecruzarse y tejiendo un entramado de vínculos geográficos y de valores identitarios.

Esta red se visibiliza fácilmente en un recorrido por las fichas de los entrevistados, en las que constan los nombres de sus abuelos, padres, cónyuges e hijos —como se aprecia también en el rápido recorrido por la memoria visual y oral—. De manera que los modos de habitar de los habitantes de La Concordia # 1 hacen palpable su vínculo con el territorio, que genera el arraigo y en el que se concreta un habitar enraizado (13).

Las memorias individuales de nuestros informantes nos permitieron reconocer a algunos miembros de la colectividad que conformó la calle-barrio. Después de ello, nos preguntamos sobre qué elementos se

33 En noviembre de 2015, conocimos que la nueva directiva de La Concordia # 1 ha hecho gestiones para que el Municipio haga constar el asentamiento en la lista de barrios del sector.

sostiene la memoria colectiva del grupo, que a la vez constituirían los factores de su identidad.

Autores como Maurice Halbwachs y Marc Augé apuntan a los acontecimientos colectivos que se encargan de actualizar la memoria. Augé (2000, 65) habla de actividades rituales que refuerzan la memoria: «Si la Pascua judía o una reunión de combatientes parecen igualmente religiosas o sagradas, es porque son la ocasión para que cada uno de los participantes no solamente tome conciencia de la colectividad de la cual forma parte sino también rememore las celebraciones precedentes».

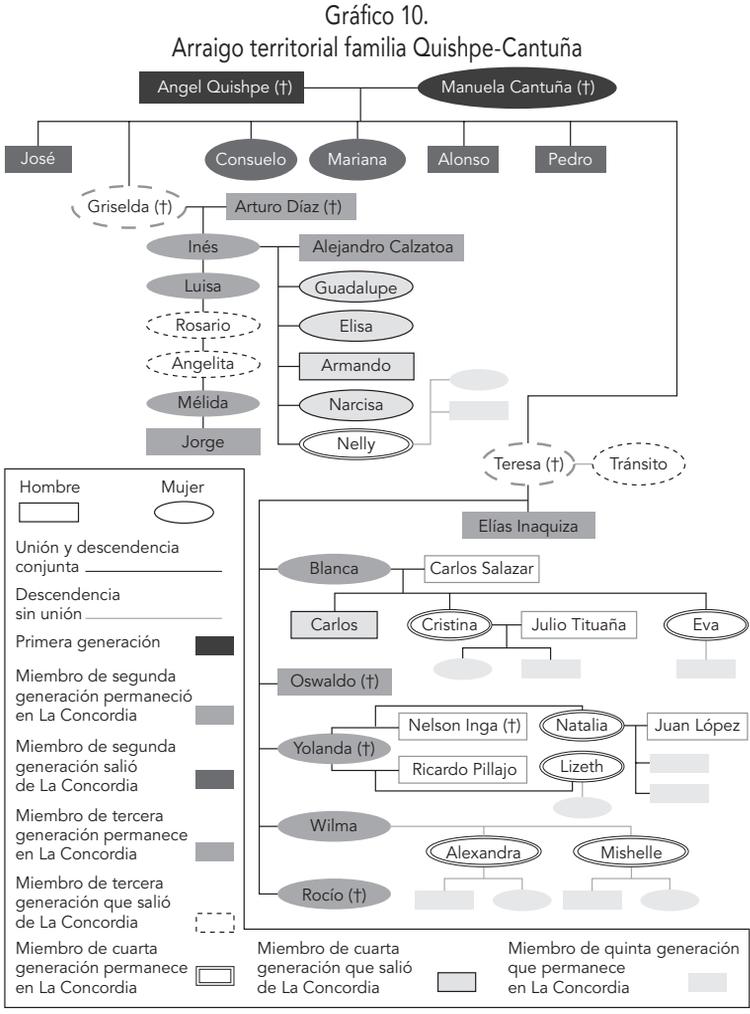
En los testimonios recolectados y en el proceso de codificación buscamos hallar evidencias de esas ceremonias recordatorias que actualizan la memoria. Sin embargo, no existían. Si bien hubo fiestas como la de Payasos, en Carnaval, o la de San Antonio, en junio, estas aglutinaban a grupos diferentes de habitantes por separado: por un lado, a los trabajadores independientes, quienes se encargaban de contratar la banda y organizar la fiesta de disfraces; y por otro lado, a los trabajadores de la hacienda Ibarra, quienes celebraban la fiesta dentro del fundo y que a su desaparición tomaron a cargo el cuadro del santo patrón al que se le dedica todavía un día de celebraciones. Según los testimonios recolectados, ninguno representaba un espacio de interacción global. Entonces, ¿no existe un marco social de la memoria que sustente la identidad de la calle-barrio?

Las casas del barrio se expandieron a medida que lo hicieron las familias, las cuales se mantienen firmes y claras respecto a la identidad de su barrio, La Concordia # 1, y respecto a sus límites. Aunque no haya Concordia, la proclaman en la reivindicación de la existencia del barrio; a pesar de que sus intereses sean distintos, defienden La Concordia en la memoria y en el olvido de los conflictos que se callan, a menos que se escudriñe en ellos. La Concordia se mantiene viva en los silencios que hablan a gritos para quienes pueden entender.

Para que esos vacíos sean inteligibles hace falta poseer la transmisión familiar de la memoria del espacio, de los relatos sobre las luchas conjuntas y personales, de las injusticias sufridas a mano de los hacendados, de los vecinos o de los familiares.

No existe un rito colectivo de la calle pero sí ritos y memorias colectivas familiares, densificadas a lo largo de cinco generaciones, por lo que el entorno y la memoria familiar constituyen el marco social de la memoria colectiva de La Concordia.

La línea de parentesco de la familia Quishpe-Cantuña (en el gráfico 10), es una muestra del arraigo territorial familiar y de una manera de habitar enraizada. Por diferentes circunstancias, son pocos los miembros de las familias originarias que permanecen en La Concordia, pero quienes aún viven en la calle-barrio lo hacen manteniendo en el territorio a sus hijos y nietos, en un habitar continuo de cinco generaciones.



Fuente: Elaboración propia

Se ha registrado al menos seis familias más que poseen similares características en cuanto a la habitación prolongada en este territorio. Lo cual puede leerse en términos espaciales pero también en términos de significación como lo expresa el testimonio de Natalia Inga Inaquiza: «Imagínate que un día tu mamá llegó *amarcada*³⁴ a ti, cuando eras tan chiquita. Pensar que igual viviste aquí, creciste y que tú también llegaste *amarcada* a tu hijo, es chévere».

Como vemos en el gráfico 10, varios descendientes de la segunda generación se casan con habitantes del mismo sector o de lugares aledaños. A la vez que los de la tercera y cuarta vinculan a sus parejas al territorio de La Concordia # 1 y se establecen en el mismo sitio. En este contexto, creemos que es importante abordar el territorio desde el punto de vista de los sujetos que mantienen un vínculo de larga data con él. Esto ofrece la posibilidad de comprender el conjunto de relaciones que los seres humanos establecemos con el entorno (Lindón 2006, 15). Pero ¿en qué factores se expresa ese «habitar enraizado» de los habitantes de La Concordia # 1?

Como hemos dicho antes, esta amalgama entre el pasado rural y la transformación del espacio se puede leer como un palimpsesto, como una sobreposición de experiencias desde las que se leen la ciudad y se es parte de ella. Resumimos las percepciones de los habitantes, sobre las transformaciones urbanísticas, desde las siguientes dicotomías:

1. Campo-libertad, tranquilidad y seguridad vs. ciudad-conectividad e inseguridad
2. Campo-vida dura vs. ciudad-lugar de oportunidades y progreso

En estas encontraremos algunas claves para caracterizar los sentidos de pertenencia contemporáneos de los moradores y los efectos de la urbanización en su identidad. Sin perder de vista que existen múltiples facetas de la identidad, dependiendo de las colectividades a las que se pertenece (Giménez 1997, 5), aquí nos concentramos en la vinculación con el espacio urbano.

Empezamos por la nostalgia del campo. La vida rural de la calle-barrio es recordada como una época en la que la gente vivía tranquila, libre y segura. Aunque la hacienda no haya sido un sistema productivo justo, ni su presencia en la parroquia de Chillogallo haya representado

34 Del verbo *amarcar*: tomar en los brazos (Real Academia Española 2016).

un espacio de apertura, los habitantes antiguos rememoran con nostalgia los días en que, rodeados de ella, vivían en el campo.

Establecidas en el siglo XVII y consolidadas durante los siglos XVIII y XIX, las haciendas son recordadas por los moradores antiguos como algo que siempre existió. Su presencia abarcaba todo el espacio, todas las actividades económicas y ahora, todos los recuerdos del pasado rural de La Concordia # 1.

Los patrones no permitían la entrada de los pobladores de los alrededores en sus terrenos. Múltiples son los relatos de los tratos agresivos recibidos por parte de los mayordomos o los mismos peones de la hacienda al encontrar a la gente recogiendo leña, lavando la ropa en las quebradas, tomando frutas de los árboles, llevando hierba para sus animales de granja o pasando por sus *chaquiñanes* que conectaban con otros barrios (Trujillo 1995, 70). Sin embargo, hay un recuerdo idílico de aquella época de aire puro, bosques, pájaros, sembríos y vertientes de agua.

Así se aprecia en las palabras de Blanca Inaquiza:

Todo cambió. Se acabaron los potreros, el agua... tan bonito que eran las vertientes. Era precioso. No sé qué hicieron, entubaron... Atrás de donde usted vive había una quebrada grande y bajaba cualquier cantidad de agua. A dónde fue esa agua no sé. Fue desapareciendo y apareciendo las casas.

En una época en la que la subsistencia estaba en la chacra, en la vaca al parir, en los *chugchis* o la *jachigua*, los viajes a Quito representaban el complemento de la economía familiar, mas no el sustento de la misma. Por eso, desde que se acabó la hacienda para muchos ha sido «peor, porque ya no hay trabajo y ya no se produce nada. Antes había mucha leche. Llevaban la leche en burros, luego hicieron las carretas y llevaban hasta Quito», como rememora Ramona López (2011, entrevista personal) cuando se le pregunta por los cambios que ha traído la ciudad.

«Por aquí solo se vivía de lo que se llamaba *chugchir*. A Tiricucho, a las de Monjas... íbamos a *chugchir* trigo, cebada, papas, de eso no más se vivía», cuenta Olimpia Regalado (2011, entrevista personal) acerca de los alimentos que ofrecía el campo.

Los *chugchis* eran una actividad de gran importancia para los pobladores rurales. Después de la cosecha, en los extensos campos de las grandes propiedades quedaban restos de productos que no habían sido

recogidos por su tamaño o baja calidad. En toda la parroquia de Chillogallo, los trabajadores de hacienda o independientes, podían entrar libremente a recoger los restos de la cosecha. A esto se le denominaba *chugchir* (Inaquiza 2011, entrevista personal). Los testimonios afirman que se podía llevar cereales y tubérculos por costales. Mujeres y niños se dedicaban a *chugchir* lo que sería su reserva de alimento para los próximos meses.

Otro ritual vinculado con la cosecha era la *jachigua*. Al finalizar la recolección de los cereales, hombres y mujeres cantaban e involucraban al patrón, quien al aceptar ser parte de la celebración, les daría dinero o el regalo que él decidiera cuando arribaran a la casa de hacienda. Así lo describe Ramona López (2011, entrevista personal): «Las mujeres cantaban, a la patrona de Ibarra le hacían cargar la gavilla de trigo y todos iban gritando por el llano, la patrona ha sabido ver quién toque la guitarra y el arpa, todos bailaban, cantaban. Era la emoción de verle a la patrona cargada la gavilla de trigo, aunque no era mucho tiempo que vivió».

La fiesta también era parte de las subvenciones que ofrecía la hacienda, como la fiesta de San Antonio, que la familia Chiriboga Ibarra celebraba y que se recuerda solía acudir José María Velasco Ibarra, quien fuera cinco veces presidente de Ecuador entre 1934 y 1972. Cada 13 de junio el patrón regalaba a los peones un torete para que lo preparen y acompañen con mote y chicha. También financiaba una banda de pueblo que alegraba el jolgorio durante ese día, claro está, después de finalizada la misa en honor a San Antonio de Padua (Tipán 2011, entrevista personal).

«Hacían arroz de sopa con carne, hacían mote, y el champús que es de dulce y le hacen de mote. El patrón así mismo les daba vacaciones por lo que se chumaban en la fiesta, y no había quien ordeñe el ganado», cuenta Antonio Tipán Díaz.

Esa era la oportunidad de los peones para usar la piscina. Los lanzaban amarrados con una soga para que aprendan a nadar. Los patrones seguramente disfrutaban del chapoteo de sus jornaleros, mientras veían «que todos coman por igual», como rememora Inés Díaz (2011, entrevista personal). Generalmente, los dueños no se unían a la comida convidada ni al baile, excepto Velasco Ibarra, quien se quedaba bailando con peones y peonas en esa especial jornada anual.

Cuando la hacienda fue deshabitada por sus dueños, el santo patrón se quedó en manos de los peones. Durante algún tiempo se mantuvo en sus viviendas, hasta que sus fieles devotos, haciendo minga, pudieron construirle una capilla, en la que hasta ahora le celebran cumplidamente sus fiestas. Aunque no sea el cuadro original que les heredó la «primera patrona Inés». ³⁵ Ese, quizá esté en la sala privada de algún coleccionista, al que se lo habrán vendido quienes recortaron el lienzo, dejando solo el marco para el recuerdo de los moradores del actual barrio de San Antonio, donde hace décadas eran los *huasipungos* de la hacienda Ibarra y donde aún celebran la fiesta en la época de la cosecha, conocida en el mundo indígena como el *Inti Raymi*.

Al acabarse actividades como la *jachigua*, los *chugchis* y otros ritos vinculados con la tierra, podemos entender que la desaparición de la hacienda representó el enfrentar la falta de una fuente segura de ingresos y, por ende, inestabilidad económica. Fue necesaria la búsqueda de oportunidades mediante trabajos en la ciudad y con la educación de los hijos.

El fin de la hacienda quedó marcado en la memoria de los habitantes más antiguos casi como el apocalipsis. Yolanda Inaquiza nos transmite esta sensación mezclada con un hecho histórico que habría presenciado su abuela, Manuela Cantuña. Ella habría tenido solo 15 años cuando debía llevar la leche a los patrones Guerrero Mora, hasta su propiedad en las calles Chile y Guayaquil. En uno de esos tantos viajes, después de entregar el producto del ordeño, Manuela miró «un pocotón de gente que gritaba y lloraba. Cuando se acercó a mirar a la calle, estaba Eloy Alfaro atado a una carroza y lo arrastraban. O sea, estaba amarrado los pies, decía ella y nos contaba llorando», relata Yolanda. En esos momentos de angustiante rememoración, Manuela Cantuña expresaba que las cosas que estaban viviendo (el fin de la hacienda) era como él (Eloy Alfaro) lo predijo: ³⁶

35 Así llaman los expeones a Inés Bueno, esposa de Carlos Ibarra Valdivieso, para diferenciarla de su hija Inés Ibarra Bueno, quien dicen murió a corta edad.

36 El «28 de enero de 1912, Eloy Alfaro y cinco de sus compañeros liberales, Medardo y Flavio Alfaro, Manuel Serrano y Ulpiano Páez, así como el periodista Luciano Coral, fueron objeto de un linchamiento, asesinados y luego arrastrados por las calles de la capital hasta El Ejido, donde sus cadáveres fueron incinerados por la turba» (Ayala Mora 2011, 4-5).

Es que [Manuela Cantuña] decía, él gritaba que todo lo que le están haciendo el pueblo iba a pagar algún día. [...] ella se dio cuenta que el tiempo pasó y las cosas empezaron a disminuir porque antes en los sembríos se daba más. Entonces ella decía que eso era lo que él dijo, que así se iba a acabar el mundo... y yo pensaba ¡Dios mío! Y ella se acordaba, y tanto era el impacto que ya pasó tantos años y lloraba de lo que nos contaba. [...] Yo le veía como sufría y decía: Ya se van acabando las haciendas, ya se va acabando todo, ya no va a haber; todo va a costar. ¡Y era así! Y ahora todo cuesta. Entonces ella se ponía triste y decía que Eloy Alfaro dijo que todo iba a acabar así. Y ella decía: ¡Es cierto! ¡Es cierto lo que él decía! (Inaquiza 2011, entrevista personal).

No es posible afirmar que ella haya visto el fatídico arrastre del presidente Eloy Alfaro y menos aún que haya escuchado esas palabras de él, pues los relatos históricos afirman que lo asesinaron en una celda del panóptico (expenal García Moreno) para luego ser arrastrado por las calles de Quito. Aunque uno de sus lugartenientes podría haber llegado vivo hasta la plaza de Santo Domingo en el Centro Histórico (Gangotena y Jijón citado en Taller de Estudios Andinos 2000, 129-30).³⁷

Lo importante del recuerdo de Manuela Cantuña es que nos permite apreciar el impacto que la pérdida de la vida rural y agraria tuvo en la vida de los moradores del barrio, especialmente de las personas más antiguas.

Respecto a la reducción de los sembríos, Yolanda comenta: «Los terrenos disminuyeron. Empezaron a haber más casas, empezaron a hacer

37 De acuerdo con el testimonio de los herederos de Manuela Cantuña, la propiedad de la familia Guerrero Mora, a la que ella iba a dejar leche, quedaba en las calles Chile y Guayaquil. Actualmente, allí aún se mantiene en pie el edificio Guerrero Mora. De acuerdo con el testimonio de Cristóbal Gangotena y Jijón (citado en Taller de Estudios Andinos 2000, 129-30), los cadáveres de Eloy Alfaro y Ulpiano Páez fueron llevados desde el panóptico en San Roque hasta la Plaza de Santo Domingo por la calle Rocafuerte. De allí habría recorrido la Guayaquil hasta la calle Sucre. Tomaron la Venezuela y bajaron por la calle Chile hasta la esquina de San Agustín (Guayaquil y Chile), donde tomaron la calle Guayaquil y se dirigieron a la Alameda. Allí mutilaron al cadáver de Eloy Alfaro, para finalmente quemarlo en el Ejido. Los otros asesinados fueron arrastrados por vías cercanas. De acuerdo con estos testimonios, hay una curiosa coincidencia entre el lugar de destino para la entrega de la leche y el trayecto del arrastre de algunos prisioneros en el Centro Histórico. La veracidad o fantasía de este suceso no le resta importancia al relato de Manuela Cantuña respecto al objeto de estudio de este trabajo.

las urbanizaciones, por ejemplo ya vino La Ecuatoriana, que acabó con toda la hacienda de San Marcelo, ya empezaron a hacer lotes y las haciendas ya se fueron acabando».

La formación de cooperativas y ciudadelas, sobre los terrenos de los grandes fundos, fue vista como una invasión que transformó lo conocido hasta entonces. Algunos lo expresan con pesar, resignación o enfado, como Ramiro Regalado: «[el barrio la Concordia] fue invadido por otros barrios. Fue una total diseminación de otros barrios que le superaron en extensión y población. Entonces, ahorita Ibarra es mucho más conocida que La Concordia porque vive más gente».

«En lo que corresponde al sector antiguo de la parroquia las propiedades de más de una hectárea se han ido retaceando de tal manera que ya son tantos los nuevos propietarios que vienen a ser los “nuevos desconocidos” de la parroquia», escribía el profesor Luis Trujillo (1995). A pesar de tener diferencias, hasta mediados del siglo XX los pobladores se conocían unos a otros pero con el poblamiento de los 60, la desconianza marca las relaciones y no tardan en aparecer los conflictos.

Estos «nuevos desconocidos» reniegan del aspecto y costumbres rurales de los vecinos antiguos pero también roban de sus pequeñas cosechas. Reiteradamente los moradores antiguos se quejan de esta situación: «Ya no se puede tener nada», expresan frecuentemente.

Hacia 2012, las haciendas casi habían desaparecido y con ellas la abundante producción agrícola y ganadera que era la fuente de abastecimiento de Quito y de La Concordia # 1. Sin embargo, las prácticas agrícolas y ganaderas aún sobreviven y reflejan que esta es una manera de enfrentar y resolver la vida que sigue siendo vigente para los moradores.

«Tengo que hacer pues, de este terreno comimos [sic], siembro con mis hijos, a los que me ayudan les doy guacho, cuando voy a sembrar les llamo a los hijos», dice Petrona Díaz Quishpe (2011, entrevista personal), nacida en 1925 (aprox.). Casi igual que ella habla Lucila Pánchez (2011, entrevista personal), nacida en 1930 (aprox.): «No me puedo estar sentada cruzada de brazos con esas huertitas que tengo».

Los testimonios de estas mujeres que pertenecen a la segunda generación de habitantes de la calle-barrio, expresan el arraigo al campo que es parte de la identificación de los habitantes con el paisaje. Hasta

la actualidad se mantiene la siembra, crianza de animales de granja y vacuno, aunque en escalas muy reducidas.

Otro de los efectos que generó el arribo de la urbe es que puso a los habitantes de la calle en condiciones similares de acceso a educación, servicios básicos, transporte, núcleos comerciales, etc.

En la segunda generación, los voceros más antiguos de nuestra investigación, no se registran tensiones como las de la tercera y la cuarta línea de parentela. La relación jerárquica patrones-trabajadores independientes-peones era asimilada como «normal»³⁸ por las personas mayores. Mientras que el proceso de modernización trastocaba las relaciones de inequidad y ponía a los habitantes en igualdad de condiciones, respecto a la asunción de una identidad urbana.

Pero también genera efectos indeseados como el tráfico, el esmog y la pérdida de espacios verdes. La reflexión sobre la pérdida ecológica del campo como fuente de recursos limpios (aire, agua, quebradas, bosques) es una preocupación fundamental de las últimas tres generaciones. La preocupación por el medioambiente podría resumirse en el siguiente fragmento del testimonio de Blanca Inaquiza (2011, entrevista personal):

Con el adelanto hubo cosas buenas y también con las cosas buenas llegó lo malo. Tenemos centro comercial más cerca, pero lo malo es que me parece que hay más contaminación. Los carros [...] antes teníamos por turnos; eso ha mejorado mucho, el transporte, pero ¿y la contaminación? No le digo que uno no puede colgar ni la ropa si no limpia los alambres porque es negro, negro. Yo digo, si los alambres están así, ¿cómo estarán nuestros pulmones de tanto humo y contaminación?

En otras ocasiones, la pérdida ecológica aparece como una sensación desagradable, perceptible pero ininteligible. Suena incluso contradictoria, como relata Olimpia Regalado (2011, entrevista personal):

Al mismo tiempo es bonito ver con casas, pero al mismo tiempo es feo ver ya todito poblado. Lo que más antes se veía verde, árboles, ahora sí fastidia a rato los carros. Sí fastidia tanto carro. ¿Cuándo imaginar nosotros ver así tanto carro? Lo que en cambio más antes se vivía tranquilamente.

38 Aunque algunos pobladores como Manuela Cantuña y su esposo Ángel habrían comprado su terreno en lugar de recibirlo como *huasipungo*, no eran ascendidos a la categoría de moradores del barrio, al parecer por el origen de sus apellidos.

Mientras para otros moradores esta pérdida es clara y el mencionarla los lleva a evocar el pasado rural, en el que recuerdan el entorno rodeado de naturaleza. Así lo palpamos en el relato de Carlos Salazar (2011, entrevista personal):

Los potreros que teníamos antes eran bonitos, todas las quebradas eran llenas de árboles [...] se destruyó la naturaleza con la modernización prácticamente. La contaminación ambiental [nos ha afectado] porque yo me acuerdo teníamos un aire puro, ahora con tanto carro que tenemos a todos los lados se contamina. El ruido mismo que aquí desde las cuatro o cinco de la mañana empieza el tránsito. Ya no es como antes la tranquilidad que teníamos, teníamos los pajaritos, las avecitas que prácticamente venían a comer en el patio.

Esta preocupación ambiental no solo está vinculada con la nostalgia por la vida rural, sino que además es la principal línea de confluencia en los testimonios de los jóvenes entrevistados. En un rango de 12 y 31 años de edad, ellos y ellas vivieron su infancia en medio de lotes vacíos, arboledas, potreros y quebradas. No comparten detalles de la memoria de las haciendas, ni tienen nostalgia por ellas, pero valoran profundamente la naturaleza que es parte de los recuerdos de su infancia. Así lo rememora Cristina Garzón Zurita (2011, entrevista personal): «Acá atrás, cuando no era nada construido, era así como puro terreno; ahí sabíamos jugar, quemar las hierbas, a veces ayudábamos a cosechar».

Los y las jóvenes también valoran los beneficios de la modernidad: «Ahora está bonito por lo que es ya más cerca ir a coger los buses [...] pero también está malo porque era áreas verdes y hay más contaminación», cuenta Estefanía Toro (2011, entrevista personal). Mientras Daniel Delgado Vinueza (2011, entrevista personal) agrega otro detalle: «El terminal nos ha cambiado. Ya hay mucha contaminación, muchos nos enfermamos por la contaminación de los carros». Esta suma de testimonios muestra la contradicción entre los servicios que arribaron con la urbanización y sus efectos negativos.

A eso se suma el hecho de que: «la tranquilidad usted no compra con nada. Ahora es muy difícil, hay mucha delincuencia, aunque en cierta forma hay más comodidades», describía Yolanda Inaquiza (2011, entrevista personal). Esto fue una queja generalizada de los informantes respecto a una serie de robos en las primeras horas de la noche «delante

de todo mundo». Especialmente en el cruce hacia la nueva avenida Mariscal Sucre.

Atrás quedó aquella época en la que se debía caminar más de un kilómetro para tomar un bus por turnos, la urbanización trajo consigo conectividad pero también más gente que demanda transporte en las horas pico. Como lo muestra Inés Díaz Quishpe (2011, entrevista personal): «Ya hay más buses, y hay más gente también. A las 07:00 no se puede coger los carros y eso que hay cuánta línea de carros [sic]».

La Concordia # 1 se ha integrado a la urbe y sus problemáticas. Pero también a sus ventajas. Desde el siglo pasado la ciudad ofrecía una serie de beneficios a los habitantes, como el complemento de la economía familiar que ilustra otro fragmento del testimonio de Olimpia Regalado (2011, entrevista personal):

nosotros pequeñitos, con mis vecinos éramos poquitos, recogíamos las pepas de lo que caía aquí atrás de los árboles, porque aquí atrás era bosque de eucalipto. Eso nos hacían recoger a nosotros nuestras mamitas y recogíamos por costales las pepas y llevaban a vender [...] en burros, porque no había carros.

La venta de leña y pepa de eucalipto permitió a algunos trabajadores de las haciendas complementar su economía de subsistencia como lo hicieron también los indios de Lumbisí (Rebolledo citado en Kingman 1992a, 21). Los beneficios que otorgaban este tipo de labores es lo que Kingman llama movilidad social y que les permitía llevar una vida más independiente. Término reiteradamente señalado por quienes realizaban este tipo de actividades, especialmente como trabajadores que no mantenían relación con las haciendas. Esta estrategia de supervivencia se basaba en el trabajo temporal de uno o más miembros de la familia en la ciudad. Lo cual era parte de la demanda de mano de obra por la ampliación y modernización del Estado, con el telón de fondo del movimiento de la economía regional (Luna 1992, 194-200).

Algunos apuntes podrían ilustrar ese mundo de oportunidades que los trabajadores independientes y los miembros de la tercera generación de los dos grupos encontraron en la vida urbana:

La ciudad es un lugar donde se puede trabajar a cambio de dinero, aprender una profesión, intercambiar, organizar pequeñas industrias familiares, o articularse a las redes mayores de comercialización y producción; en

donde se puede complementar la economía campesina familiar e incluso, en algunos casos, acumular. La ciudad proporciona, además, otro recurso de valor inestimable: el aprendizaje necesario para sobrevivir en el mundo contemporáneo, asimilación de determinados comportamientos, formas culturales, técnicas, secretos, y hábitos propios de la otra sociedad; en algunos casos, incluso, profesionalizarse como medio de romper la dependencia étnica. Ese ir y venir constante de una zona a otra, de una región a otra, es parte de un aprendizaje (Kingman 1992a, 22).

En contraste con esto, la vida rural exigía una serie de esfuerzos para obtener recursos básicos para la subsistencia, como lo expresa el siguiente testimonio de Yolanda Inaquiza Quishpe (2011, entrevista personal):

pues imagínese qué duro que era... por ejemplo en nuestro caso, veníamos de la escuela. En ese tiempo yo no recuerdo que mi mamá tenía cocina. Teníamos que ir a recoger leña para que ella pueda cocinar. [...] Dejábamos y vuelta regresábamos por más para que a ella no le falte, y éramos las tres hermanas que nos tocaba hacer eso.

Como este, podríamos citar una serie de recuerdos sobre las actividades que demandaba lo que llamamos la vida dura del campo. En el relato de los informantes antiguos (segunda y tercera generación) es frecuente la rememoración de las condiciones adversas que debieron enfrentar. Cualquier queja que los hijos o nietos puedan tener respecto al lugar en el que viven, es descartada por los mayores con la rememoración de sus experiencias.

Este es uno de los aspectos que se oponen al anhelo del entorno natural y que los mismos habitantes buscaron transformar para acceder a los beneficios de la urbe. Milton Luna (1992, 195) nos habla de la estrategia de los sectores subalternos de asumir el discurso nacional, «esgrimido desde arriba», como método para disputar los espacios y privilegios de la ciudad en condición de iguales. Podemos vislumbrar esta táctica en la rememoración que de la obtención de los servicios hace Ramiro Regalado en su memoria escrita.

Para apreciar el papel que los servicios juegan en la configuración de los pobladores como urbanos, los sobreponemos o enmarcamos con los que fueron los factores de la progresiva modernización de la capital: el agua potable (1908), la luz eléctrica (1906), la circulación del primer

vehículo (1901), el servicio de tranvías eléctricos (1902), la organización del primer equipo de fútbol (1910), la inauguración de teatros (1914), la circulación de periódicos (1906 y 1913), y el arribo del primer avión a la ciudad (1920) (Bustos 1992, 170-1).

Excluyendo los dos últimos, y salvando las diferencias entre el desarrollo de estos en el centro de la ciudad, en La Concordia # 1 la implementación de estos servicios son planteados como los logros constitutivos del barrio. El desarrollo central del ensayo de Ramiro Regalado (2004, 50-67) es dejar registro de cómo se obtuvieron, destacando la gestión de su padre y el papel de su familia: el camino (1951), el agua potable (1952), el transporte (¿1957?), el teléfono (¿1960?), la luz (1962), el grupo teatral conformado por algunas familias (1963), el primer club deportivo de La Concordia (1970) y la Liga Barrial La Concordia (1986).

Estos no solo son acontecimientos que forman parte del desarrollo del asentamiento, son los elementos con los que se considera integrado a la vida urbana y por ende constituyen su identidad colectiva, en tanto es parte de una narración biográfica que les distingue de otros (Giménez 1997).

Desde la calle-barrio, durante el proceso de urbanización, se vive la sensación del cambio y la inserción en una ciudad que antes los separaba. Lo ilustramos con las expresiones de Antonio Tipán Díaz (2011, entrevista personal), cuando le preguntamos sobre la importancia de la memoria de La Concordia # 1:

Para que se den cuenta cómo ha sido el campo, [...] que pasa a ser la ciudad. Porque antes decían que esto era el campo porque estábamos aislados de la ciudad. Antes decían que la ciudad de Quito era desde la Magdalena para el Norte. Chillogallo ahora mismo ya está poblado. Es diferente.

En resumen, naturaleza y trabajo duro son dos caras de la misma moneda. Y es parte de las significaciones del espacio para los habitantes, a la vez que beneficios y afectaciones son parte del devenir urbano del asentamiento. No se puede leer su vinculación con la urbanización en una gama de blancos o negros. Tratamos de describir la complejidad de la relación con el paisaje.

Las dicotomías expuestas constituyen parte de la identidad urbana de los habitantes, que se compacta con la argamasa del arraigo familiar-territorial. Es este el que constituye «individuos vinculados entre

sí por un común sentimiento de pertenencia que implica [...] compartir un núcleo de símbolos y representaciones sociales y una orientación a la acción» (Giménez 1997).

Creemos que Gloria Brito (2011, entrevista personal) nos habla de ello desde su manera propia de entenderlo, como transcribimos en las siguientes líneas:

Mi hijo el Robert, si viera, que el significado del barrio para él era andar de aquí a donde los primos. Bajaba a la casa de mi suegra, donde la señora Lucila. Por ejemplo, ahí sabían estar mis sobrinos, el Vinicio, el Henry que en ese tiempo vivía. Entonces él qué hacía, yo menos me descuidaba de tres años él se bajaba caminando donde los primos, a jugar [...] Ahora hay que cerrar bien las puertas [...], los chiquitos no pueden salirse. Antes en cambio, él se iba a jugar con los vecinos de acá al lado o se iban a coger los caballos que dejaban en la hacienda Ibarra, ahí les dejaban a los caballos del cuartel y ellos se montaban en los caballos.

Este testimonio ilustra la definición de Francois Dubet (1989, 536) de la identidad social, que «no está ni dada, ni es unidimensional, sino que resulta del trabajo de un actor que administra y organiza las diversas dimensiones de su experiencia social y de sus identificaciones».

Creemos que los moradores se han adaptado al ámbito urbano desde una actitud sagaz e inteligente, como recuperamos de las reflexiones de Milton Luna (1992, 191-202), pero demandan de las autoridades de la ciudad más atención hacia lo que son elementos constitutivos de su modo de habitar: la naturaleza, la vinculación desde el arraigo con el espacio, la seguridad y el reconocimiento. Esta investigación ha buscado contribuir a este último elemento. Sobre ello rescatamos las expresiones de Alexandra Vacacela Quishpe (2011, entrevista personal): «Me encantaría conocer la historia del barrio y no quisiera que se pierda la hacienda El Carmen porque es algo tradicional».

Este testimonio refleja que la otrora hermética propiedad, hoy es el principal vestigio de memoria de la época rural del asentamiento. No solo que la casa de la hacienda El Carmen se impone como un lugar patrimonial en el paisaje urbanizado, sino que además guarda un retazo de potrero, que evoca la infancia, los juegos, la leche fresca y tantos otros elementos constitutivos de la identidad histórica de La Concordia, al igual que su etapa como territorio urbano.

La configuración de La Concordia # 1 como un lugar vacío (Bauman 2000) para el Quito urbanizado marcó drásticamente a la cuarta generación, que en su mayoría se educó más allá de los límites de Chillogallo. A los jóvenes les resultaba más fácil dar como punto de referencia a la ciudadela Ibarra que el nombre del barrio, por lo que la nueva urbanización de 1980 servía como punto de ubicación, como lo es ahora el terminal terrestre. Actualmente, los moradores resignifican su asentamiento valiéndose del reconocido vecino.

«Antes preguntaban: —¿Dónde vives? —En la Concordia. —¿Y dónde queda eso? Tocaba explicarles todo eso, pero ahora con esto del terminal, ahora no toma mucho. Para la Concordia solo se da la referencia el terminal y ya», dice Cristina Garzón Zurita (2011, entrevista personal) y creemos que resume la autoinvisibleización del nombre del asentamiento en las décadas de 1990 y 2000. Esto no restó en absoluto la conciencia y convicción de su existencia. Fue solo un recurso táctico de ubicación. Si al decir La Concordia, casi por regla general uno iba a recibir la pregunta de si vivía en Santo Domingo de los Colorados, la salida más práctica era decir que se vivía a la entrada de la ciudadela Ibarra.

Hoy esa referencia ha sido sustituida por el terminal terrestre de Quitumbe, que a la vez que es elemento de transformaciones negativas, ofrece a la calle-barrio la facilidad de hacerlos visibles. Están justo frente a él.

Marc Augé (2000, 84) habla de la necesidad de superar la valoración negativa de los no lugares y de recomponerlos:

Un no lugar existe igual que un lugar: no existe nunca bajo una forma pura; allí los lugares se recomponen, las relaciones se reconstituyen; [...] El lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y la relación.

Lo que queremos apuntalar con esta reflexión es que el paisaje urbano de La Concordia # 1 implica un núcleo de nuevas posibilidades para sus habitantes y para la ciudad, si se le involucra desde sus vinculaciones prácticas y su identidad territorial, desde lo que el Municipio de Quito denomina permanencias y que hemos revisado en este capítulo como sentidos de pertenencia.

La hacienda El Carmen y el terminal terrestre de Quitumbe son hitos del espacio físico que representan dos momentos constitutivos del asentamiento: el campo y la ciudad. Espacios desde los que podría darse vida a esta «calle fantasma», como la llama Blanca Inaquiza (2011, entrevista personal), en la que dice: «hay que llegar a encerrarse porque el único lugar para visitar es el centro comercial». Reflejando con ello la necesidad de espacios de interacción, que podrían estar anclados a la memoria y a la identidad, no solo de La Concordia # 1, sino de la antigua parroquia de Chillogallo, a la que el 98 % de los entrevistados asegura que aún pertenece este barrio.

Como señala Eduardo Kingman (2008, 333), desde la elaboración del Plan Odriozola se contribuyó a una suerte de ideología burocrática que se ha reproducido a lo largo de muchas décadas. Así, la pertenencia a la parroquia de Chillogallo es otro de los arraigos históricos que se ha anulado en la planificación contemporánea. Sin embargo, este pervive fuertemente enraizado en el imaginario de los habitantes, al igual que su calle- barrio.

CONCLUSIONES

En 2010, partimos de la existencia de una calle que se reclamaba barrio pero que era reconocida como tal únicamente por sus habitantes. Este hecho fue parte de mi vida durante 25 años y no fui consciente de ello hasta tamizarlo con las reflexiones académicas realizadas durante el programa de maestría en Estudios de la Cultura de la Universidad Andina Simón Bolívar. Fue entonces cuando el asombro por el olvido en el que se estaba sumiendo La Concordia # 1, me llevó a preguntarme cómo esta calle se convirtió en barrio y qué efectos podrían haber tenido en esta las transformaciones urbanísticas ocurridas en el sur de Quito a finales del siglo XX.

En el recorrido por los principales cambios que enfrentó este lugar entre 1951 y 2010, la investigación ofrece información sobre un tema poco estudiado: el sur de Quito, específicamente sobre la parroquia de Chillogallo. Al respecto, destacan la inserción en la urbe de asentamientos rurales anteriores al siglo XX y las vinculaciones socioculturales de las poblaciones con el espacio.

El acelerado proceso de urbanización de la capital dio paso al apareamiento constante de nuevas construcciones en el sur a partir de 1980. Por lo que las poblaciones antiguas de parroquias como la Magdalena y Chillogallo se confundieron con la creciente mancha gris, a pesar de que estaban claramente establecidas y poseían características sociales y culturales propias.

El cambio de la memoria y la identidad (vinculadas con el espacio) muchas veces es asumida como un camino inexorable en los procesos de urbanización. Aunque no se trata de mantener una visión nostálgica, este trabajo plantea la necesidad de incorporar tanto componentes urbanísticos como componentes socioculturales en las aproximaciones académicas de la ciudad.

Desde la experiencia etnográfica como habitante, opté por dar fuerza a las fuentes orales disponibles en el lugar de estudio. Esto ofrece una mirada de Quito desde la perspectiva de sus habitantes, así como un análisis desde una de las escalas más reducidas del espacio: el barrio como lugar.

Usar la historia oral como método de recolección de información trajo consigo varias dificultades. En principio, la sensación extraña de interrogar por el pasado de quienes fueran vecinos, con los que generalmente solo saludaba. Luego, la indagación por el origen del asentamiento nos llevaba hacia la manera en que se obtuvieron los terrenos, pasando por construcción de cronologías, fichas personales y genealogías. A pesar de que pudo ser incómodo en ciertos momentos, los informantes siempre fueron gentiles y pacientes conmigo. Otra problemática fueron las diversas reacciones ante la conversación. Muchos de ellos se abrieron completamente con una entrevistadora finalmente ajena a sus vidas; otros no veían importancia en profundizar en algunos detalles y los anulaban de sus relatos. A ello se añaden las preguntas abiertas elaboradas en 2011, que estaban direccionadas por el interés de recuperar aspectos «valiosos» de la memoria, lo que pudo desfavorecer las conversaciones. Habría querido repetir las visitas a algunos informantes o tener varias sesiones para no forzar el diálogo. Todo ello sumado a la necesidad de reconocer mi papel como investigadora y como habitante, que representó una serie de reflexiones y cuestionamientos. Fundamentalmente me preguntaba si realmente estaba haciendo escuchar las voces de los habitantes, sin perder el análisis y la rigurosidad.

Finalmente encontré el balance entre las fuentes orales y la experiencia personal al darle soporte al trabajo de campo con otras fuentes de información (archivos, estudios sobre Quito) y con otras técnicas de investigación, como la elaboración de cartografías sobre el uso del espacio. Mediante este conjunto de recursos, la investigación logró ir del mapa del territorio hacia la representación del croquis de los habitantes (Silva, 1992, 60).

Busqué explorar estos elementos para visibilizar los fuertes factores de arraigo en los imaginarios o memorias personales. Su rescate es importante porque estos podrían ser una catapulta para revitalizar al espacio urbanizado.

Esta perspectiva se ha consolidado desde el enfoque de los estudios de la cultura y usando recursos de la geografía, la historia y la antropología, por lo que la investigación ha favorecido el uso de un cónclave interdisciplinario para estudiar la cultura y el espacio urbano.

A partir de ello, creemos haber establecido que detrás de asentamientos como La Concordia existen más implicaciones que la expansión de la ciudad en las décadas de 1970 y 1980. Que sus raíces son más antiguas, significativas y profundas de lo que enfocaron los urbanistas e investigadores sociales al elaborar sus programas urbanísticos y memorias barriales institucionales. Cabe preguntarse entonces cómo se dio el encuentro de estos grupos, originarios de la ruralidad quiteña, con los migrantes que arribaron en los años 1980 y 1990, y qué efectos de esa interrelación perviven y marcan las relaciones sociales en la urbe sureña.

Autoridades y técnicos municipales con los que hemos conversado han advertido sobre las problemáticas generadas por los cambios de la división administrativa de la ciudad, pues la gente no se identifica con las nuevas demarcaciones y eso dificulta el trabajo colectivo. ¿Son esos los únicos inconvenientes a la hora de trabajar con y por los habitantes de este sector?

Aunque este trabajo académico ha generado un acercamiento al territorio del sur urbano de Quito, este sigue siendo un espacio joven, constituido hace menos de un siglo y en el que se debe explorar la consolidación social de los espacios urbanizados, por ejemplo, desde la conformación de identidades urbanas.

En este estudio seguramente se podrán encontrar muchos vacíos, siempre aspiramos de él mucho más. Sin embargo, confiamos en que sus carencias sean también un aporte, al hacer visible la necesidad de nuevos estudios vinculados con este sector de la ciudad. Solo en los alrededores inmediatos de La Concordia # 1 existen al menos cinco asentamientos de similares características, sobre los que no conocemos su situación actual, especialmente su vinculación con el Quito urbano que les circunda.

En el capítulo primero, la investigación muestra dos momentos en los que se intensifica la urbanización en este sector, uno entre 1980-1990 y otro a partir del año 2000. Durante la primera década del siglo XXI una serie de nuevas construcciones irrumpieron nuevamente en el paisaje de La Concordia. Estas podrían acelerar el proceso de fraccionamiento en la interacción de los moradores de la calle-barrio, como ha ocurrido en los últimos años, no sabríamos decir si hasta el punto de convertirse en espacios caracterizados por el individualismo que el capital genera en las grandes urbes, pero sí hasta el punto en que no sea más que una calle sin sentido de pertenencia para sus propios habitantes.

Vinculación profunda de los habitantes con el espacio que es latente en la actualidad y que se constituye como un hallazgo expuesto en el capítulo segundo, en el que se hace visible cómo operan las memorias familiares en la apropiación y reapropiación del lugar y, por ende, cómo estas fortalecen la identidad territorial.

Los lazos familiares vinculados al territorio permitieron la recopilación de la historia oral del sitio; sin embargo, en el continuo proceso de globalización, del que ellos no son solo receptores sino también productores, no se ha generado una interacción colectiva que dé vida a su espacio habitado y mucho menos al que fuera su espacio ampliado.

Una obra de infraestructura como el terminal de Quitumbe puede ser considerada como un factor de renovación urbana desde la perspectiva de la arquitectura o el urbanismo; no obstante, como hemos visto a lo largo de esta investigación, cuando esto se hace desconectado de las poblaciones más cercanas, no pasa de ser un no lugar que brinda beneficios pragmáticos pero que también implica perjuicios en ámbitos como la seguridad y la descomposición social. La investigación muestra cómo los espacios por sí solos no constituyen factores de cambio, sino que deben ser movidos por la interacción humana y, sobre todo, por los valores de significación que esta le otorgue al paisaje.

REFERENCIAS

- Aceves Lozano, Jorge. 1998. «La historia oral y de vida: Del recurso técnico a la experiencia de investigación». En *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, coordinado por Jesús Galindo, 207-76. Ciudad de México: Addison Wesley Longman.
- Aguirre, Milagros, Fernando Carrión y Eduardo Kingman. 2005. *Quito imaginado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello-Taurus.
- Archila, Mauricio. 1991. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: Co-Cinep.
- Archila, Mauricio. 1998. «Fuentes orales e historia obrera». En *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I*, dirigido por Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio, 281-96. Barcelona: Anthropos.
- Augé, Marc. 2008. *Los no lugares. Espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Ayala Mora, Enrique, ed. 2011. *El crimen de El Ejido: 28 de enero de 1912*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Grupo El Comercio / Corporación Editora Nacional.
- Bauman, Zygmund. 2000. *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bermúdez, Patricia, Carlos Vizuete y Martina León. 2014. *SerSurUIO*. <<http://www.sersuruio.ec>>. Consulta: junio de 2015.
- Bock, Marie Sophie. 1990. «Quito, Guayaquil: Ensayo sobre la arquitectura contemporánea, 1950-1988». En *Crecimiento de Quito y Guayaquil: Estructuración, segregación y dinámica del espacio urbano*, coordinado por Henry Godard, 65-72. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Bonilla, Efrén. 1994. «El Plan Zonal Turubamba». En *Quito: Transformaciones urbanas y arquitectónicas* 141-60. Quito: Municipio de Quito / Trama.
- Bustamante, Gonzalo. 1994. «Población y medio ambiente: Análisis de su relación». En *Quito: Transformaciones urbanas y arquitectónicas* 51-75. Quito: Municipio de Quito / Trama.
- Bustos, Guillermo. 1992. «Quito en la transición: Actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)». En *Enfoques y estudios históricos: Quito a través de la historia*, 163-188. Paúl Aguilar et al. Quito: Municipio de Quito / Junta de Andalucía.
- . 2010. «La irrupción del testimonio en América Latina: Intersecciones entre historia y memoria. Presentación del dossier “Memoria, historia y testimonio en América Latina”». *Historia Crítica*, 40 (enero-abril de 2010): 10-9.

- Carrión, Fernando. 1992. «El desarrollo urbano de Quito entre sus crisis urbanas más recientes». En *El Ecuador de la posguerra: Estudios en homenaje a Guillermo Pérez Chiriboga*, Banco Central del Ecuador, 315-42. Quito: Banco Central del Ecuador.
- . 1987. *Quito crisis política y urbana*. Quito: Centro de Investigaciones Ciudad.
- Carvajal, William, Ronal Salgado y Pablo Valarezo. 1989. «Plan de ocupación de suelo para el barrio “La Concordia 1”». Tesis de pregrado, Universidad Central del Ecuador.
- Cueva, Sonia. 2011. «Las deficiencias de la regularización: Cuatro barrios de Quito». Universidad Politécnica de Cataluña. <<http://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2099/13314/LAS%20DEFICIENCIAS%20DE%20LA%20REGULARIZACION.%20CUATRO%20BARRIOS%20DE%20QUITO.pdf>>. Consulta: septiembre de 2015.
- Deler, Jean Paul. 2007. *Ecuador del espacio al Estado nacional*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Instituto Francés de Estudios Andinos / Corporación Editora Nacional.
- Diario El Comercio. 2014. <<http://especiales.elcomercio.com/2014/02/timelinealcaldes/>>. Consulta: julio de 2015.
- Dubet, Francois. 1989. «De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto». *Estudios Sociológicos* VII (21): 519-45.
- Estrella, Ulises. 2010. «Quito es un enigma». *El Comercio*. 26 de septiembre de 2010. <<http://www.elcomercio.com/actualidad/quito/enigma.html>>. Consulta: julio de 2015.
- Fernández, Christieb. 2006. «Geografía cultural». En *Tratado de geografía humana*, dirigido por Daniel Hiernaux y Alicia Lindón, 220-53. Barcelona: Anthropos.
- Ferro Medina, Germán. 2009. «Guía de observación cultural». *Apuntes* 22, (1): 34-53.
- Folguera, Pilar. 1994. *Cómo se hace historia oral*. Madrid: Eudema.
- Gangotena y Jijón, Cristobal. 2000. «Sucesos recientes que pueden interesar al povenir. Año de 1912». En *Así fue. Testimonios sobre los hechos más conmocionantes de la historia nacional narrados por sus protagonistas y testigos presenciales*. Taller de Estudios Andinos, 129-30. Quito: Talleres editoriales Guamanpuma.
- Giménez, Gilberto. 1997. «Materiales para una teoría de las identidades sociales». *Frontera Norte* 9 (18) (julio-diciembre) <<https://fronteranorte.colef.mx/index.php/fronteranorte/article/view/1441>>. Consulta: octubre de 2015.

- . 2000. «Territorio, cultura e identidades: La región sociocultural». En *Cultura y región*, editado por Jesús Martín Barbero, 87-132. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Godard, Henry. 1990. «Estructura y dinámica de los centros de Quito y Guayaquil». En *Crecimiento de Quito y Guayaquil: Estructuración, segregación y dinámica del espacio urbano*, coordinado por Henry Godard. Quito: Corporación Editora Nacional / Colegio de Geógrafos del Ecuador.
- Goetschel, Ana María. 1992. «Hegemonía y sociedad (Quito 1930-1950)». En *Ciudades de los Andes: Visión histórica y contemporánea*, compilado por Eduardo Kingman, 319-47. Quito: Centro de Investigaciones Ciudad.
- Gomezjurado, Javier. 2014. «Elecciones en el cabildo quiteño y filiación socio-política de sus miembros: 1895-1906». Tesis de Maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito, 2014.
- Guayasamín, Handel. 1994. «El Plan Ciudad Quitumbe». En *Quito: Transformaciones urbanas y arquitectónicas*. Quito: Municipio de Quito / Trama.
- Guerrero, Andrés. 1975. *La hacienda precapitalista y la clase terrateniente en América Latina y su inserción en el modo de producción capitalista: El caso ecuatoriano*. Quito: Universidad Central del Ecuador-Escuela de Sociología.
- Halbwachs, Maurice. 2004. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Herrera Montero, Lucía Elizabeth. 1999. *La ciudad del migrante: La representación de Quito en relatos de migrantes indígenas*. Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Joutard, Philippe. 1986. *Esas voces que nos llegan del pasado*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Kingman, Eduardo. 1992a. «Ciudades de los Andes: Homogeneización y diversidad». En *Ciudades de los Andes. Visión histórica y contemporánea*, compilado por Eduardo Kingman, 9-50. Quito: Centro de Investigaciones Ciudad.
- . 1992b. «Quito, vida social y modificaciones urbanas». En *Enfoques y estudios históricos: Quito a través de la historia*. Paúl Aguilar et al., 129-52. Quito: Municipio de Quito / Junta de Andalucía.
- . 1992c. «Historia urbana: Diversos enfoques». En *Enfoques y estudios históricos: Quito a través de la historia*, Paúl Aguilar et al., 15-26. Quito: Municipio de Quito / Junta de Andalucía.
- . 2008. *La ciudad y los otros: Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO Ecuador / Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural.
- . 2014. *Los trajines callejeros: Memoria y vida cotidiana. Quito, siglos XIX-XX*. Quito: FLACSO Ecuador / Instituto Metropolitano de Patrimonio / Fundación Museos de la Ciudad.

- Lindón, Alicia. 2006. «Territorialidad y género: Una aproximación desde la subjetividad espacial». En *Pensar y habitar la ciudad: Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, coordinado por Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar, 13-32. Barcelona: Anthropos.
- Luna, Milton. 1992. «Los mestizos, los artesanos y los vientos de la modernización en el Quito de inicios de siglo». En *Enfoques y estudios históricos. Quito a través de la historia*, Paúl Aguilar et al., 191-202. Quito: Municipio de Quito / Junta de Andalucía.
- Municipio de Quito. 1949. *Memoria descriptiva del Plan Regulador*. Quito: Imprenta Municipal.
- . *Memorias de Chillogallo*. 2004. Quito: Imprenta Municipal.
- . *Memorias de la Ecuatoriana*. s. f. Quito: Smart Marketing.
- . *Memorias de Quitumbe*. s. f. Quito: Smart Marketing.
- . «Plan Ciudad Quitumbe». En *Plan Distrito Metropolitano: Quito del Futuro Fase 2*, Municipio de Quito. Quito.
- . 1992. *Plan Distrito Metropolitano*. Quito.
- . 1980. *Plan Quito. Tomo I*. Quito.
- Páliz, César. 1994. «La estructura espacial urbana». En *Quito: Transformaciones urbanas y arquitectónicas 237*. Quito: Municipio de Quito / Trama.
- Portal, María Ana. 2006. «Espacio, tiempo y memoria. Identidad barrial en la Ciudad de México: El caso del barrio de La Fama, Tlalpan». En *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, coordinado por Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar, 69-86. Barcelona: Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana de Iztapalapa.
- Regalado, Ramiro. 2004. *La Concordia, nuestro barrio*. Quito: VinueGraf.
- Ricoeur, Paul. 2010. *La Memoria, la historia y el olvido*. Madrid: Trotta.
- Rivaud, Florencia. 2010. *El hacer cotidiano sobre el pasado*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Salman, Ton, y Eduardo Kingman. 1999. *Antigua modernidad y memoria del presente: Culturas urbanas e identidad*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Santos, Milton. 2000. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel.
- Silva, Armando. 2000. *Imaginario urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Sogeocol. 2015. «Sociedad Geográfica de Colombia». http://www.sogeocol.edu.co/documentos/evol_geog.p. Consulta: agosto de 2015.
- Soto-Enciso, María Eugenia, et al. 2011. «Análisis sociocultural y ambiental de la construcción masiva de complejos habitacionales en Xochitepec,

Morelos». En *Ciudades en transformación. Disputas por el espacio, apropiación de la ciudad y prácticas de ciudadanía*, coordinado por Patricia Urquieta, 259-76. La Paz: CIDES-UMSA.

Stevens, André, e Instituto Nacional del Patrimonio Cultural (INPC). 1989. *Les Casas de Haciendas des Andes Équatoriennes*. Bélgica: UNESCO.

Tapia, Verónica. 2013. «Bifurcaciones». <http://www.bifurcaciones.cl/bifurcaciones/wp-content/uploads/2013/03/bifurcaciones_012_Tapia.pdf>. Consultado en junio de 2015.

Terán, Rosemarie. 1992. «Factores dinámicos en el desarrollo urbano del Quito colonial». En *Enfoques y estudios históricos: Quito a través de la historia*, Paúl Aguilar et al., 67-86. Quito: Municipio de Quito / Junta de Andalucía.

Trujillo, Luis. 1995. *Monografía de Chillogallo*. Monografía. Quito: Inédito.

LISTA DE ARCHIVOS Y ENTREVISTAS

ARCHIVOS VISITADOS

Registro de la Propiedad de Quito

Instituto Metropolitano de Patrimonio

Facultad de Arquitectura de la Universidad Central

Archivo Nacional

Archivo Metropolitano de Historia de Quito

ENTREVISTAS ORALES REALIZADAS

Luis Trujillo, Quito, 4 de diciembre de 2010

Katy Vera y Wilma Pillajo, técnicas de Gestión Participativa de la Administración Zonal Quitumbe, Quito, 10 de agosto de 2011

Moradores antiguos

Inés Díaz Quishpe, Quito, 15 de agosto de 2011

José Antonio Tipán Díaz, Quito, 16 de agosto de 2011

Petrona Díaz Quishpe, Quito, 17 de agosto de 2011

Lucila Panchez, Quito, 18 de agosto de 2011

María Lucrecia Díaz Quishpe, Quito, 18 de agosto de 2011

José Díaz Quishpe, Quito, 19 de agosto de 2011

Ramona López Vinuesa, Quito, 19 de agosto de 2011

Héctor Morocho Díaz, Quito, 19 de agosto de 2011

Carlos Tipán Díaz, Quito, 19 de agosto de 2011

Laura Coba Muñoz, Quito, 19 de agosto de 2011

Wilma Inaquiza Quishpe, Quito, 19 de agosto de 2011
Yolanda Inaquiza Quishpe, Quito, 20 de agosto de 2011
Blanca Inaquiza Quishpe, Quito, 20 de agosto de 2011
Olimpia Regalado, Quito, 21 de agosto de 2011
Elías Inaquiza, Quito, 21 de agosto de 2011
Gorky Vinueza Parra, Quito, 22 de agosto de 2011
Ramiro Regalado Vinueza, Quito, 23 de agosto de 2011

Migrantes

Narcisca Zurita, Quito, 10 de agosto de 2011
Gerardo Toro, Quito, 16 de agosto de 2011
Alejandro Caizatoa, Quito, 16 de agosto de 2011
María Elena Ayala, Quito, 17 de agosto de 2011
Wilson Garzón, Quito, 18 de agosto de 2011
Francisco Gallegos Tapia, Quito, 19 de agosto de 2011
Amparo Cortez Salinas, Quito, 20 de agosto de 2011
Carlos Salazar Puma, Quito, 21 de agosto de 2011
Julio Tituala, Quito, 21 de agosto de 2011
Gloria Brito Acuña, Quito, 22 de agosto de 2011
Enma Taco Sinaelín, Quito, 22 de agosto de 2011
Fausto Tituaña, Quito, 22 de agosto de 2011
Shirley Laaz, Quito, 22 de agosto de 2011
Piedad Sillo, Quito, 24 de agosto de 2011

Jóvenes

Estefanía Toro Tipán, Quito, 17 de agosto de 2011
Cristina Garzón Zurita, Quito, 17 de agosto de 2011
Alexandra Vacacela Inaquiza, Quito, 19 de agosto de 2011
Cristina Salazar Inaquiza, Quito, 20 de agosto de 2011
Lizeth Pillajo Inaquiza, Quito, 20 de agosto de 2011
Natalia Inga Inaquiza, Quito, 20 de agosto de 2011
Eva Salazar Inaquiza, Quito, 20 de agosto de 2011
Mishel Cando Inaquiza, Quito, 21 de agosto de 2011
Hugo Garzón Cortez, Quito, 21 de agosto de 2011
María José Garzón Cortez, Quito, 23 de agosto de 2011
Daniel Delgado Vinueza, Quito, 23 de agosto de 2011
Elena Mallitaxi Taco, Quito, 24 de agosto de 2011
Alison Cajas Mallitaxi, Quito, 24 de agosto de 2011

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR SEDE ECUADOR

La Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) es una institución académica creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos. Es un centro académico abierto a la cooperación internacional. Tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración y el papel de la subregión en Sudamérica, América Latina y el mundo.

La UASB fue creada en 1985. Es una institución de la Comunidad Andina (CAN). Como tal, forma parte del Sistema Andino de Integración. Además de su carácter de centro académico autónomo, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene sedes académicas en Sucre (Bolivia) y Quito (Ecuador).

La UASB se estableció en Ecuador en 1992. En ese año, suscribió con el Ministerio de Relaciones Exteriores, en representación del Gobierno de Ecuador, un convenio que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador la incorporó mediante ley al sistema de educación superior de Ecuador. Es la primera universidad en el país que logró, desde 2010, una acreditación internacional de calidad y excelencia.

La Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (UASB-E), realiza actividades de docencia, investigación y vinculación con la colectividad de alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros espacios del mundo. Para ello, se organiza en las áreas académicas de Ambiente y Sustentabilidad, Comunicación, Derecho, Educación, Estudios Sociales y Globales, Gestión, Letras y Estudios Culturales, Historia y Salud. Tiene también programas, cátedras y centros especializados en relaciones internacionales, integración y comercio, estudios latinoamericanos, estudios sobre democracia, derechos humanos, migraciones, medicinas tradicionales, gestión pública, dirección de empresas, economía y finanzas, patrimonio cultural, estudios interculturales, indígenas y afroecuatorianos.

ÚLTIMOS TÍTULOS DE LA SERIE MAGÍSTER

268	Paola Calderón, <i>Nuevos santos de la farándula: Estrategias discursivas en sus autobiografías</i>
269	Patricio Estévez, <i>Mujeres al desnudo: Las fotografías de Víctor Jácome</i>
270	Andrea Galindo, <i>La construcción deliberativa del presupuesto</i>
271	Xavier Villacreses, <i>Roberto Bolaño y las representaciones del mal</i>
272	Samantha Bermúdez, <i>El derecho a fundar una familia y la gestación subrogada</i>
273	Giovanny Puchaicela, <i>El valor cultural de las bandas de pueblo en Ecuador</i>
274	Andrea Angulo, <i>La difusión de la música alternativa en la comunidad virtual</i>
275	Eduardo Yumisaca Jiménez, <i>La interculturalidad en las bandas de fusión musical</i>
276	Gabriela Argüello, <i>El centenario de la comuna de Santa Clara de San Millán</i>
277	Juan Pablo Guerrero, <i>Aproximación intercultural del «delito»: Su tratamiento en la justicia estatal y en la justicia indígena</i>
278	Monserate Gómez, <i>Diálogos y tensiones entre comunidad y museo en Quito (2009-2014)</i>
279	Santiago Andrade Mayorga, <i>Tutela constitucional del derecho de propiedad en Ecuador</i>
280	Diego Peña, <i>El convenio de accionistas en Ecuador</i>
281	Manai Kowii, <i>Sumakruray: Debates sobre el arte kichwa</i>
282	Gustavo Freire, <i>Formación en turismo: Una perspectiva empresarial</i>
283	Ana Robayo, <i>De la hacienda al Quito urbano: El caso del barrio La Concordia # 1</i>

A mediados del siglo XX, aún rodeados por haciendas, los habitantes del anejo de La Concordia # 1 crearon su comité barrial e iniciaron el camino para insertarse en el Quito urbano. Sin embargo, en menos de 25 años este barrio, inicialmente reconocido por los antiguos vecinos de la parroquia de Chillogallo, se constituyó en una calle sin significación para los nuevos pobladores y menos todavía para los planificadores urbanos de la ciudad. De ser visible a simple vista pasó a mimetizarse en la mancha gris de las nuevas construcciones.

Esta investigación analiza la conformación del asentamiento en el Quito rural y el impacto de la acelerada transición campo-ciudad en los sentidos de pertenencia de sus pobladores. Gracias a los testimonios de los habitantes del sector, a la información obtenida en archivos históricos, entrevistas y a los registros de la autora, como exhabitante del barrio, esta publicación recopila datos de la memoria rural del sur de la ciudad, a la vez que pone de manifiesto una mirada tecnocrática del territorio.

Ana Robayo (Quito, 1985) es licenciada en Periodismo (2008) por la Universidad de las Américas y magíster en Estudios de la Cultura con mención en Comunicación (2016) por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Ha estado vinculada al medio periodístico y de la comunicación desde los 16 años de edad. En 2009 fue becaria de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Como redactora de medios impresos, ha reportado temas sociales, ambientales y crónicas de la ciudad de Quito y sus habitantes. Actualmente trabaja en el ámbito de la comunicación vinculada a organizaciones sociales y políticas.



9789942837066